



Ayuntamiento de Campoo de Yuso
CANTABRIA



Junta Vecinal de Lanchares
Campoo de Yuso
CANTABRIA

TESOROS DE CAMPOO DE YUSO

Los Zamarrones de Lanchares

PROYECTO Tesoros de Campoo de Yuso. Los Zamarrones de Lancharés.

2015-2019

Director e impulsor: MIGUEL ÁNGEL TOCA GUTIÉRREZ

Investigador: LUIS WALIAS RIVERA. Arqueólogo.

Promueven: Junta Vecinal de Lancharés & Ayuntamiento de Campoo de Yuso.

Informantes:

Blanca Esther González Sainz

Ignacio Fernández Ruiz

José Antonio Ortega Fernández

Federico Ruiz González

Pilar Ruiz González

Serafín Ruiz Sainz

Asesores y colaboradores: Beatriz García Álvarez. Jaime Toca Gutiérrez.
Manuel García Alonso. Eduardo Ortiz García. Yoli Macho Ruiz.

Muy de vez en cuando aparecen tesoros escondidos, como perlas cándidas en el gris mar actual que son los tiempos modernos.

Uno de estos tesoros son los ZAMARRONES DE LANCHARES.

Con una historia que se pierde en los albores de los tiempos, se celebra en este pueblo apartado entre las Montañas Cantábricas y el Pantano del Ebro, una ceremonia cargada de atavismo y valor patrimonial.

Los vecinos y vecinas de Lanchares, su Junta Vecinal y el Ayuntamiento de Campoo de Yuso trabajan en documentar, proteger y preservar para el futuro esta fiesta ancestral de Campoo de Yuso.

Desde el Ayuntamiento de Campoo de Yuso, municipio rico en patrimonio cultural inmaterial, se está realizando una investigación de carácter etnológico con la intención de, más que recuperar, poner en valor una de sus tradiciones más singulares: los zamarrones de Lanchares. Esta costumbre, con un marcado origen prerromano, marcha en línea con el desarrollo de otras festividades similares, tanto en nuestra Comunidad Autónoma (Vijanera de Silió, Carabeos de Valdeprado del Río, Antruido de Piasca, etc.), como del resto de la Península Ibérica y, por supuesto, de Europa. Eso sí, se pretende realizar cierto hincapié sobre las características propias, con las que cuentan estos zamarrones, como valor de cierta singularidad.

Esta tradición perdura en la mente de los más mayores de la localidad como una mascarada tradicional, celebrada justo antes de la cuaresma. En ella los mozos (hombres y mujeres) de dieciséis años o más se vestían originariamente con pieles de ovejas, ropajes viejos y máscaras, recordando en cierto modo a la tipología de zamarrón negro. El objetivo de la actividad consistía en salir a recorrer las calles de la localidad, el martes de carnaval o Antruido, generando gran algarabía, mientras los mozos y mozas cantaban coplas y se acercaban casa por casa para solicitar un aguinaldo. Hoy en día la festividad de los zamarrones se ha pervertido un tanto, hasta transformarse casi en una muestra más del carnaval moderno, pero con ciertos rasgos que sin duda todavía recuerdan al tradicional. Así perdura mantenido con vida gracias a la labor de los más pequeños del pueblo que, procesionalmente, recorren Lanchares solicitando con sus disfraces contemporáneos el tan ansiado aguinaldo.

La iniciativa del Ayuntamiento de Campoo de Yuso se apoya en la recogida de testimonios, análisis de los hechos y contextualización de los mismos, con el objetivo de preservar este magnífico legado original que allá por la década de los cuarenta del siglo pasado entró en un letargo involuntario en el que permaneció latente durante más de cuarenta años. Para ello se vale, además del análisis científico bibliográfico, de entrevistas a testigos y participantes directos en dicha tradición.

El proyecto surge a finales de 2015 desde el Ayuntamiento de Campoo de Yuso, tras recibir Miguel Ángel Toca Gutiérrez, algunas noticias sobre la preservación en la aldea de Lanchares, de un críptico y enigmático evento denominado los Zamarrones, que se llevaba desarrollando en el pueblo, “desde siempre”.

A partir de allí, el Ayuntamiento con la ayuda de la Junta Vecinal del pueblo, ha comenzado el estudio sistemático y científico de esta mascarada, con entrevistas estandarizadas, recopilación de fotografías y análisis antropológico de los vestigios que se conservan de este tesoro etnográfico.

En 2015 se realizan unas pesquisas iniciales que corroboran el interés del hecho etnográfico por Miguel Ángel Toca Gutiérrez, recogiendo notas sobre la relevancia de la mascarada y otros hechos etnográficos de Lanchares. Además el Ayuntamiento de Campoo de Yuso lanza una campaña oficial de recogida de datos, informaciones y fotografías antiguas relacionadas con la materia.

Entre julio y septiembre de 2018, el investigador Luis Walias Rivera, del Ayuntamiento de Campoo de Yuso, recibe el encargo de investigar en profundidad este patrimonio cultural inmaterial. Por ello, realiza encuestas y entrevistas a vecinos y vecinas de Lanchares, para recopilar toda la información disponible y contextualizarlo con las mascaradas ibéricas y la etnografía y antropología científica moderna.

A partir de 2019, tras la culminación de los estudios científicos y de campo, se iniciará la colaboración mutua y activa entre la Junta Vecinal de Lanchares, el Ayuntamiento de Campoo de Yuso y la vecindad implicada en los Zamarrones, para apoyar y mantener la mascarada.

Todo este esfuerzo y la acción decidida de los vecinos de Lanchares permitirán preservar los Zamarrones de Lanchares, como un Tesoro de Campoo de Yuso.

Agradecimiento: A toda la vecindad de Lanchares, por su compromiso con el proyecto y la preservación de los Zamarrones de Lanchares.

COLABORA:

Si tienes fotografías antiguas o modernas, o datos de los Zamarrones de Lanchares ponte en contacto con: ayuntamiento@campoodeyuso.es

Para saber más:

[Bando 2015](#)

Noticias

<http://www.vivecampoo.es/noticia/algarabia-zamarron-15525.html>

<https://lacantabriaburgalesa.wordpress.com/tag/zamarrones/>

PROYECTO DE PRESERVACIÓN

LOS ZAMARRONES DE LANCHARES 2019

Basado en el estudio científico desarrollado en 2018 por Luis Walias Rivera.

Doctor en Historia, Magister en Gestión del Patrimonio Cultural por la Universidad Complutense de Madrid y Postgraduado in the Interpretation of Cultural and Natural Heritage por el Center for Environmental Interpretation of Natural and Cultural Heritage de la Manchester Metropolitan University. Historiador, arqueólogo y museólogo. Gestión del marketing estratégico de museos. Profesor Tutor de Historia Contemporánea en el Centro Asociado de la UNED en Cantabria. Miembro del Comité Español del ICOM. Arqueólogo Municipal 2018 del Ayuntamiento de Campoo de Yuso.

Programa de desarrollo:

2015 a 2018. Estudios y prospección preliminar.

2018. Estudio científico de profundidad.

2019. Restablecimiento de la mascarada.

ACCIÓN 2019

Propuesta.

Adquisición de material mínimo para depurar y reperfilarse la mascarada en base al estudio etnográfico y entrevistas a mayores del pueblo.

Destino y objeto.

Adquisición de Máscaras. Ropas. Pellejos. Campanos. Gastos generales.

Todo ello para poder continuar celebrando la mascarada. Mejorar el rigor etnográfico y crear un grupo vecinal que garantice su continuidad y preservación en el tiempo.

Crear grupo de trabajo. Junta Vecinal, Ayuntamiento, vecinos y apoyo Asociación Vijanera.

Asesoramiento. Asociación Cultural Amigos de La Vijanera. <http://www.vijanera.com/>

Web. <http://www.campoodeyuso.com/los-zamarrones.html>

ESTUDIO CIENTÍFICO

LOS ZAMARRONES DE LANCHARES DEL RITO A LA TRADICIÓN: LA MASCARADA LATENTE EN CAMPOO DE YUSO

JULIO A SEPTIEMBRE DE 2018

DIRECTOR: MIGUEL ÁNGEL TOCA GUTIÉRREZ

INVESTIGADOR: LUIS WALIAS RIVERA. ARQUEÓLOGO.

CITA:

WALIAS RIVERA L., 2018. Los Zamarrones de Lanchares, del Rito a la Tradición: La mascarada latente en Campoo de Yuso. Dir.: Miguel Ángel Toca Gutiérrez. Ayuntamiento de Campoo de Yuso.

LOS ZAMARRONES DE LANCHARES

DEL RITO A LA TRADICIÓN: LA MASCARADA LATENTE EN CAMPOO DE YUSO

Luis Walias Rivera

INTRODUCCIÓN: EL CONCEPTO DE MASCARADA DE INVIERNO

En la localidad de Lanchares, municipio de Campoo de Yuso, se viene celebrando, desde que la memoria de los más mayores alcanza en el recuerdo, la ceremonia de los *zamarrones*. Esta es una actividad, sin duda festiva, que a día de hoy, aunque no lo parezca, aún magistralmente bajo una leve pátina de herrumbre tanto folclore como tradiciones. Esta conmemoración toma forma bajo el ejercicio central de una mascarada (Coulibaly, 2014) que es una forma de entretenimiento popular y tradicional muy extendida por la Europa rural desde hace siglos. En ella los disfraces y, como su propio nombre indica, las máscaras se convierten en los personajes protagonistas de la fiesta.

Aunque existan muchas hipótesis el origen real de las mascaradas, no solo en Lanchares, es más bien desconocido, al igual que el de otras tantas celebraciones que extendiéndose por la geografía peninsular responden a una idéntica tipología. Por de pronto se contrastan en gran parte de ellas, siempre desde una perspectiva global, rasgos eminentemente agrícolas (Tiza, 2004) y por supuesto ganaderos (Tomé, 2006) que son los encargados de nutrir satisfactoriamente ese sustrato popular (Crespo y Portugal, 2002) al que con antelación se ha hecho mención.

Los *zamarrones* de Lanchares, de igual modo que todos aquellos desarrollados en Cantabria (Madrazo y Temiño, 2015), se definen por la suma de una serie de circunstancias tangibles. Por de pronto representan un significativo hecho pastoril (Alcalde del Río, 1904), en el que se constata una clara evolución de tradiciones prerromanas (García, 2000) que han llegado hasta nuestros días a través de la representación de una serie de rituales antiguos (Caro, 2006) de marcado acento precristiano (Rodríguez, 1987) que en ocasiones, ocultan un plausible culto a la muerte (Brown, 1979). En resumen, los *zamarrones* no son otra cosa más que una mirada teatralizada hacia el acervo de los antepasados (Ferreira y Perdigao, 2003) que afortunadamente sigue impregnando nuestra cultura moderna bajo su transfiguración en tradición.

Los investigadores del hecho *zamarrón*, en particular, y de las mascaradas, en general, rastrean su génesis en la penumbra que supone la noche de los tiempos. Así, basándose por observación en el uso y proliferación de los disfraces zoomórficos utilizados en el desarrollo de estas celebraciones, han establecido una relación por similitud con las pinturas prehistóricas paleolíticas. Por ejemplo, los *zamarrones* cántabros se relacionan desde antiguo con los bocetos pictóricos zoomórficos (González, 2018) localizados en

oquedades tan significativas como Hornos de la Peña, en San Felices de Buelna, o Altamira, en Santillana del Mar (García y Cancio, 1928).

Los antropólogos, por otro lado, han encontrado, a nivel global, signos evidentes en los que se refractan una serie de celebraciones propias de los denominados “Pueblos del Norte” maridadas con otras procedentes de las culturas clásicas. Este es el caso de las palpables advocaciones dirigidas al dios griego de la guerra Ares. La fusión de una serie de costumbres indígenas prerromanas con el proceso de aculturación clásico degeneró en un tipo de rituales, en los que se desarrollaban sacrificios de prisioneros de guerra, machos cabríos y otros animales, que de algún modo perduran como sustrato en estas celebraciones. Dicha circunstancia otorga a las mascaradas un claro origen indoeuropeo, sustentado por esa exaltación más que evidente de las castas (plausiblemente guerreras), la casi exclusiva participación masculina y su ejecución durante el solsticio invernal (González, 2018). Características, todas ellas, que emparentan la conmemoración con otras festividades definitivamente propias del mundo germánico, como es el caso de los *Männerbänder* (Peralta, 2003).

Quizá debido a esta evidente cadencia ancestral (Rocchi, 2011) pueda establecerse una especie de puente en forma de relación copulativa con capacidad más que suficiente para permitir a los actores actuales de esta festividad sacar a la superficie periodos del pasado un tanto míticos (Grau, 2010). Este misticismo, cómo no, ha abierto las puertas al tan manido concepto celta. Su relación se sustenta a través de la costumbre que estos pueblos tenían de disfrazarse durante las *ianuaria* (Le Roy, 1981). Pero no solo el hecho de disfrazarse les relaciona, sino también del uso que los celtas hacían durante estas celebraciones de máscaras propias de diversos animales (Mack, 2006), tradición que compartían con los pueblos germanos (Rose, 1955).

En el conjunto de estas ceremonias, desde una perspectiva tanto histórica como actual, en el que su característica principal converge el uso de máscaras (Gauthard, 2014), se observa en sus participantes el desarrollo de un destacado papel que marcha más allá de la faceta ceremonial. Esto empuja a los personajes representados a adquirir y posteriormente proyectar un cierto carácter divino, que marcha más allá de la causalidad local (Durkheim, 1992) para convertirse en un rasgo propio de las culturas prerromanas.

Pero por otro lado, curiosamente, las mascaradas permanecen estrechamente relacionadas con el calendario cristiano gregoriano. La realidad es más bien distinta o al revés, dado que el calendario cristiano asumió este tipo de ritos y celebraciones paganas para tratar de atraer a las almas descarriadas hacia su redil. Simplemente por una cuestión de fechas, amén de la existencia de otras muchas connotaciones, podemos asumir que estas mascaradas europeas son las precursoras del carnaval moderno (Borrego, 2003), evidenciando además que ambas festividades tienen como uno de sus fines la liberación de la sociedad de la práctica cotidiana (Vovelle, 1996). De esa forma, son muchas las mascaradas actuales que en países católicos dan comienzo durante el domingo de la “septuagésima” para finalizar irremediamente el “miércoles de ceniza” o en fechas próximas a San Sebastián y Santa Águeda (Guerra, 1973). Sin

duda, en dicha periodicidad reposaron las bases para la configuración de un carnaval medieval (Caro, 2006) precursor del actual.

Sin duda, la elección de las fechas quizá tenga mucho que ver con la irrupción plena de la primavera y de su mano con la ansiada regeneración de la naturaleza tras el largo, frío y oscuro periodo invernal (Montesino, 2004). La primavera representa tanto psicológica como tradicionalmente la llegada de la luz, el renacer de un nuevo año que desde el punto de vista de la agricultura se transforma en nuevo ciclo. Éste lleva agrariamente implícito el despertar de la tierra (Del Olmo, 2015), mediante su florecimiento y renacer.

Todo lo anterior implica que muchas mascaradas en la Península Ibérica, compuesta por dos países de evidente tradición cristiana, se desarrollen a lo largo de tres días festivos que marchan desde el “domingo gordo” hasta el martes siguiente, previo al miércoles de ceniza. Este *impase* temporal se denomina tradicionalmente *antruido* o *antruejo*. Hilando más fino se puede aseverar que, en Cantabria, estas mascaradas (Gomarín, 1987b) se celebran habitualmente los conocidos globalmente como martes de carnaval. Es más, dicha fecha adquiere en muchas ocasiones la denominación propia de *antruido* al hacer suya de denominación del periodo festivo. Parece ser que este motivo se debe a la costumbre de denominar popularmente a la víspera del miércoles de ceniza como el día de San Antroido (Rodríguez, 2002).

Durante esa jornada el protagonismo lo adquieren una serie de personajes tradicionales folklóricos (Bourne, 2015) denominados, dependiendo de la zona geográfica pero singularmente en Cantabria, como *zamarracos*, *zamarrones* o incluso campaneros (González, 1980). Estos no son más que miembros de la comunidad, configurando una indiscutible función sociocultural asociada a la actividad de las mascaradas (Nesti, 1996). Los participantes en la tradición suelen marchar cubiertos por una serie de pieles de animales e indumentarias coloridas singulares que, en ocasiones, adornan con campanos, propios del ganado bovino. Estos, habitualmente, suelen ir colgados de la cintura (González y Díaz, 1988). Parece ser que esta última usanza toma forma, tanto en Cantabria como en otras localizaciones peninsulares, en la solicitud y préstamo, por parte de los mozos de cada localidad, de los mejores y más grandes campanos a los ganaderos locales. Una vez recibidos se colocan en forma de bandolera, con el objetivo de producir, durante la ejecución del rito que conlleva la mascarada, el mayor ruido posible (Calderón, 2006).

Aunque el término *zamarrón*, e incluso su variante *zamarraco*, se extiende por diversos puntos de la geografía española, más allá de Cantabria, son varios los investigadores que adjudican el proceder de los vocablos al lenguaje o dialecto montañés, estableciendo una estrecha relación con la nomenclatura de los zurrones y pieles de oveja que portan los mozos como indumentaria (García, 1922). Incluso se llega al extremo de vincularlo con el cántabro prerromano de raíz céltica (Valbuena, 1976) al aseverarse que el concepto *zamarrón* era la denominación propia de los grupos o

cuadrillas de jóvenes guerreros¹ adscritos a las antiguas tribus y clanes cántabros que enfrentó a estos con Roma durante el siglo I antes de Cristo (González, 1980). A medio camino están aquellos que rascando con más ahínco encuentran reminiscencias *euskéricas*. Estos entienden que el prefijo *zarra* significa viejo, mientras que el sufijo *mako* puede traducirse como pico o mazo (García y Cancio, 1929). Huyendo de las raíces idiomáticas se ha vinculado el concepto de *zamarrón* con el de “máscara de piel o persona disfrazada, fantasma o espíritu terrorífico, insecto de feo aspecto” (Caro, 1965). Más acertado quizá, aunque en contra de la mayor parte de las teorías antropológicas tradicionales, sería asumir simple y humildemente que nos encontramos de bruces ante una clara etimología prerromana de incierto origen, por no decir completamente desconocido, al igual que ocurre con variantes tales como la de *zorromoco* (Calderón, 2006).

Como bien indica la gran diáspora geográfica de la voz *zamarrón*, esta tipología de mascarada no puede definirse como objeto propio y exclusivo del Patrimonio Cultural inmaterial de Cantabria. Estaríamos ante una aseveración absolutamente temeraria. Su teatro de operaciones, como se ha indicado con anterioridad, se extiende tanto por la Península Ibérica (García, 1992) como por otros países europeos (centrales o mediterráneos), como demuestran las fuentes literarias e iconográficas (Fréger, 2012) manteniendo ese misterioso halo pastoril y legendariamente céltico.

Por ejemplo, tan solo, en la Península Ibérica se han recogido, hasta 2014, un total de 321 mascaradas repartidas por prácticamente toda la geografía española y portuguesa (González, 2014). Entre el importante montante total hallamos singulares mascaradas españolas en Galicia, representadas a través del *Entroido* de Viana do Bolo (Ourense), el *Entroido* de Verín (Ourense) o el *Entroido* de Laza (Ourense); Asturias, mediante celebraciones como los *Sidros* de Valdesoto, *Os Reises* del Valledor, *Os Reises* de Tormaleo, o el *Guirria* de Ponga; en el País Vasco amparadas por el Carnaval de Zaldondo (Álava); en Navarra gracias al Carnaval de Altsasu, el Carnaval de Ituren y Zubieta o el Carnaval de Lantz; en Castilla y León, bajo la denominación del *Colacho* de Castrillo de Murcia (Burgos), el Gallo de Carnaval de Mecerreyes (Burgos), los *Cucurrumachos* de Navalosa (Ávila), los *Zamarraches* de Casavieja (Ávila), la *Barrosa* de Abejar (Soria), el *Zarrón* de Almazán (Soria), los *Jurrus* y *Birrias* de Alija del Infantado (León)², el *Antruejo* de Llamas de la Ribera (León), el *Antruejo* de Velilla de la Reina (León), el *Antruido* de Riaño (León), el *Zangarrón* de Montamara (Zamora),

1 El conjunto de las sociedades, independientemente de su ubicación geográfica o época histórica, siempre precisan del amparo y protección de los héroes. Así se configuran habitualmente las naciones. En muchos casos, por no decir en la mayoría, y en periodos pretéritos, esa figura es adoptada por los guerreros. Dichos jóvenes abnegados son admirados por sus valientes y sacrificadas hazañas. Éstas perduran a lo largo del tiempo llevadas en volandas por la tradición (Davidson, 1984). Sus obras terminan por convertirse en leyendas, ritos (Raffaelli, 2009) y comportamientos mágicos que pueden ser transmitidos, rememorados o celebrados (Valbuena, 1976) mediante la ejecución representaciones teatralizadas como la que nos ocupa.

2 En el *Decreto XXV del Concilio de León* (1020), otorgado por Alfonso V, ya existe una referencia directa a la celebración de estas mascaradas, en el propio Reino de León. Dicho texto legislativo recoge pormenorizadamente como los carniceros de León para poder desempeñar su labor estaban obligados a vender los productos al peso y a dar un convite al Concejo en el que estuviera incluido una fiesta de máscaras (Calvo, 2009).

así como los carnavales de San Martín de Castañeda (Zamora), Sanzoles del Vino (Zamora), Pozuelo de Tábara (Zamora), Ferreras de Arriba (Zamora), Villarino tras la Sierra (Zamora), Riofrío de Aliste (Zamora), San Vicente de la Cabeza (Zamora), Sarracín de Aliste (Zamora), Abejera (Zamora), Villanueva del Valrojo (Zamora), Almeida de Sayago (Zamora), Pobladura de Aliste (Zamora), Palacios del Pan (Zamora), Pereruela (Zamora) o Bufa de Aldeadávila de la Ribera (Salamanca). Curiosamente también existen referencias a mascaradas en la Comunidad de Madrid, como la que se puede disfrutar durante la celebración de la Vaquilla de Colmenar, o en Huesca, gracias al Carnaval de Bielsa.

Fuera de nuestras fronteras, como hemos mencionado, aparecen repartidas por toda Europa (De Syke, 1994). La ejecución de estas mascaradas (Mack, 2006) es muy similar, de base, o prácticamente idéntica a las anteriormente expuestas, aunque lógicamente conserven sus rasgos propios o diferenciadores. Destacan, por su analogía con las españolas, tanto las representadas en Portugal (Gallop, 1961) como en el Sur de Francia, ya sea en el País Vasco-Francés (De Marliave, 2010) o en resto de la franja pirenaica (Alford, 2004).

Más allá de las estribaciones peninsulares se enfatizan mascaradas en puntos geográficos tan dispares como Italia (Castelli y Grimaldi, 1997) (Centini, 2006), Suiza (Meuli, 1943), Austria (Menardi y Berger, 2014), Bélgica (Remits y Neve, 2004), Alemania (Fréger, 2012), Gran Bretaña (Bourne, 2015), Croacia (Antos, 2015), Bulgaria (Mishkova, 2014), Rumanía (*Masques et...*, 1977), Letonia (Rancane, 2014), Polonia (Ogrodowska, 1997) o Macedonia (Pelologu, 1980). Y como ya se ha mencionado en varias ocasiones, todas ellas albergan infinidad de rasgos en común.

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

Para indagar, concretamente, sobre el interesantísimo y peculiar fenómeno, prácticamente desconocido hasta la actualidad, de los *zamarrones* en Lanchares, que es el objeto final de esta investigación, optamos por acercarnos a su realidad a través de la exploración que maridaba magistralmente lo meramente etnológico con la perspectiva histórica. Para ello se optó por seguir un proceso con cierta cadencia, en primera instancia, global, para finalizar bajo la óptica de una perspectiva absolutamente local.

La inmersión empírica y metodológica implicaba analizar, en primera instancia, gran parte de la bibliografía existente, previamente seleccionada, para contextualizar el fenómeno de las mascaradas (Mack, 2006) antes de enfocar el objetivo sobre el hecho *zamarrón* en Lanchares. Así que debido al inmenso territorio de actuación de estas representaciones se optó por disponer de otras, bibliografía española, portuguesa, anglosajona, francesa o italiana, entre otras, con el objetivo de visualizar el amplio espectro que ocupa esta celebración en el común cultural europeo.

El primigenio marco teórico de actuación ha transcurrido inevitable y paralelamente acompañado por una destacada y empírica labor de campo etnológica. Pero a diferencia de la amplia inmersión bibliográfica el ámbito de actuación se ha visto radicalmente recortado, centrando los esfuerzos en exclusividad sobre el caso relativo a la localidad Lanchares. Dicha labor fue tomando poco a poco forma bajo el desarrollo concreto de una serie de entrevistas personales realizadas *in situ*, todas ellas a habitantes de la localidad. Estos contaban con una edad que comprendida entre los cuarenta y los noventa años. Se optó por adoptar una horquilla temporal, relativamente amplia (de unos cincuenta años), para que el muestreo de respuestas permitiese alcanzar una perspectiva global con capacidad suficiente para discurrir, vía testimonio verbal y fotográfico, desde la década de los años treinta del siglo pasado hasta, prácticamente, la actualidad. De esa forma, gracias a las evidencias orales de los informantes, se ha podido restaurar la memoria popular de Lanchares, a través del recuerdo de vivencias y costumbres. Esto ha permitido contextualizar con corrección la celebración de unos *zamarrones* de los que no existen registros bibliográficos algunos.

El conjunto de los informantes ha sido garante de una absoluta independencia a la hora de exponer sus pensamientos y recuerdos. Pero esta libre capacidad de expresión marchó acompañada, durante todo el proceso, por una serie de cuestiones idénticas realizadas al conjunto de los entrevistados. Aplicar un guión previamente establecido supuso la forma más adecuada de implantar un análisis comparativo formal. Entre las cuestiones realizadas, destacaron:

- Denominación de la celebración
- Fecha en la que se realizaba
- Hora en la que se celebraba
- Descripción de la misma
- Descripción de personajes o intervinientes
- Vestuario utilizado
- Periodicidad
- Uso y tipología de máscaras (Revelard y Kostadinova, 1998)
- Uso de campanos u otros utensilios para hacer ruido
- Desarrollo de coplas o canciones tradicionales
- Otras tradiciones de la localidad

Gracias a la extensa bibliografía consultada y utilizada, junto a los testimonios orales y fotográficos, aportados y obtenidos, esta investigación está en disposición de dar forma y aportar algo de luz, mediante la proyección de una imagen nítida y reveladora, sobre una de las manifestaciones culturales intangibles más significativas y representativas tanto del patrimonio de la sociedad rural de Cantabria como de la Península Ibérica y del orbe europeo. Además, al plasmar los resultados negro sobre blanco, hemos logrado ubicar en el mapa de las mascaradas europeas a los *zamarrones* de Lanchares, evitando así su posible deterioro, olvido o extinción.

Aunque sin duda estas celebraciones superan con creces geográficamente los límites de Cantabria, en nuestra Comunidad Autónoma perduran actualmente como una festividad en apariencia de lo más singular. Las mascaradas se han conservado en el tiempo gracias al empeño de iniciativas populares que han logrado salvaguardar, rescatar y proteger estas representaciones tradicionales (Marquard, 1993). Las mascaradas o *zamarrones* suelen localizarse por definición en valles y comunidades rurales del interior de la región. Durante su desarrollo se observa fácilmente la repetición de una serie de características comunes de raigambre europea, acompañadas por otras de marcado carácter telúrico (Guerra, 1973), agrario o campesino tradicional (Edwards, 2007)

Por desgracia, la supervivencias de estas manifestaciones culturales y populares en su vertiente cántabra (Llano, 1998) se encuentra en la actualidad un tanto comprometidas y ciertamente amenazadas. No podemos obviar que las comunidades locales encargadas de su sustento, custodia y salvaguarda marchan por la senda de un declive sostenido. Esta situación tiene que ver con razones sociodemográficas debido al escaso número de vecinos que aglutinan dichas las localidades, así como a lo avanzado de su edad. Pero del mismo modo, debemos tener bien presente que las mascaradas en Cantabria se desarrollan en ámbitos rurales que por lo general se encuentran un tanto deprimidos.

Para ilustrar esta realidad, valga como ejemplo el caso que nos ocupa. Si recurrimos al *Padrón continuo por unidad poblacional* del Instituto Nacional de Estadística observamos que los datos arrojados son absolutamente clarificadores. A fecha de 1 de enero de 2013 éstos indicaban que la población de Lanchares tan solo ascendía a noventa y un habitantes, de los cuales cincuenta y cinco eran varones, encargados tradicionalmente de la representación de estas celebraciones, y treinta y seis mujeres³.

El caso es que, del puñado de mascaradas que hoy en día sobreviven en Cantabria, sin duda, la más destacada es la *Vijanera* de Silió (Molledo), también representada en localidades como Luena, Toranzo, Anievas, Cieza o Arenas de Iguña (Vélez y Torre, 1989). El motivo tiene que ver con la declaración de la misma como Fiesta de Interés Turístico Nacional y la repercusión que este hecho posee. A lo anterior se suma que infinidad de investigadores y la Asociación Cultural de Amigos de la *Vijanera* se encargan de su difusión y salvaguarda. Tradicionalmente tiene lugar el primer domingo de enero, salvo si dicho día coincide con la celebración del año nuevo.

Afortunadamente no se trata de un caso único. En Cantabria también podemos enfatizar, entre otros, los *Zamarrones* de Polaciones. Estos se desarrollan, como indica la tradición, en torno al domingo anterior al miércoles de ceniza, conocido como

3(http://www.ine.es/nomen2/index.do?accion=busquedaAvanzada&subaccion=&numPag=0&ordenAnios=ASC&provincias=39&entidad_amb=no&codProv=39&codMuni=&codEC=&codES=&codNUC=00&poblacion_amb=T&poblacion_op=%3D&poblacion_txt=&denominacion_op=like&denominacion_txt=&anos=2013&CONSULAVAN.x=47&CONSULAVAN.y=7, consultado el 9 de agosto de 2018).

“domingo gordo”. Del mismo modo, en la Comarca de Campoo, nos encontramos con los *Zamarrones de los Carabeos* de Valdeprado del Río (García, 2000) conocidos popularmente simplemente como *Carabeos*. Estos tienen lugar, anacrónicamente, a mediados del mes de agosto. Retomando el mes de febrero, y la celebración habitual de los carnavales modernos (García, 1895), nos topamos con la mascarada lebaniega del *Antruido* de Piasca. Y a finales de ese mes (Lamalfa, 1989) o principios del siguiente se desarrolla la festividad de las *marzas* o la Mascarada de *Zarramasqueros* de Soba (Crespo y Portugal, 2002). En conclusión, prestigiosos investigadores como el etnólogo Óscar J. González han recogido e inventariado hasta un total de siete representaciones de este tipo en Cantabria, como son: la *Vijanera* de Silió; la *Vijanera* de Bárcena de Toranzo, que en este caso se considera perdida desde 1956; los *Zamarrones* de Pejanda, en Polaciones; los *Carabeos* en Valdeprado del Río; las *Marzas* de Soba; el *Antruido* de Piasca; e incluso se asume en este caso como mascarada la *Danza de las lanzas* de Ruiloba (González, 2014).

Curiosamente en este sentido, durante el año 2017, el Gobierno de Cantabria, a través de su Consejería de Educación, Cultura y Deporte, incoaba expediente con la intención de declarar a estas “Mascaradas Rurales de Invierno” como bien de interés cultural etnográfico inmaterial de Cantabria. Desde la propia Dirección General de Cultura se entendía que estas típicas representaciones populares (Burke, 1980) eran celebraciones propias de nuestro ámbito rural que marchaban relacionadas directamente con el comienzo y final del ciclo anual⁴ de la cosecha. En ellas los participantes compartían como característica común tanto el singular hecho de vestirse como el de hacer ruidos estruendosos mediante el uso de campanas, *zumbas*, *rutones* y cencerros (“Acuerdo de incoación...”, 2017: 15.426)

Este documento nos permite observar la magnífica descripción que el propio Gobierno de Cantabria hizo de la celebración de las mascaradas. Así optó por definir a éstas como manifestaciones de tipo antropológico que representaban ciertos rituales festivos, agrarios (Fréger, 2012) y “eco-culturales” (Rivas, 2001). Pero no se detenía ahí, dado que hacía mención a una serie de claros antecedentes que relacionaban estas representaciones con sociedades arcaicas tanto campesinas como productoras.

Del mismo modo, desde el expediente de incoación, se supo plasmar el gran protagonismo, en ese momento exclusivo, que en las mascaradas tenía el género masculino, dado que el papel principal de las mismas estaba restringido a las cuadrillas de hombres jóvenes. Estos eran desde tiempo inmemorial, tanto en el caso de Cantabria como en otros muchos puntos de Europa, los encargados de generar y desarrollar un inmenso ambiente festivo repleto de ritos, como la delimitación territorial propia, más allá de que en los mismos se pusiera indudablemente de manifiesto gestos de equívoco sexual (Kezich, 2014) de delimitación territorial propia. El documento también

⁴ En algunos casos se ha llegado a vincular a los personajes interpretados por los jóvenes que conformar las cofradías de estas mascaradas, en nuestro caso *zamarrones*, con ancestros que retornaban a su comunidad desde el más allá. Casualmente ese regreso a la tierra y conmemoraciones de los vivos se realizaba, como aparece plasmado a lo largo y ancho del planeta en la tradición de múltiples culturas, con motivo del final de un ciclo, cuasi anual, y el comienzo de otro (Caro, 2006).

menciona las recurrencias a la crítica y la burla que durante estas celebraciones tienen lugar, apoyándose en el uso y desarrollo de coplas interpretadas por comparsas que colaboraban abiertamente a la implementación del ruido y la algarabía.

Sin duda el Gobierno de Cantabria acertó de lleno en su retrato. Aunque no se mencione en el expediente de incoación, la típica inclusión de los cencerros en estas representaciones parece estar estrechamente vinculada con la intención de espantar el invierno y la atracción de ese nuevo ciclo agrario (Settimi, 2015). Estamos ante una clara representación teatral en la que se enfatiza el caos que precede al restablecimiento del orden mediante la renovación del lapso vital. De idéntico modo este uso, realizado por el conjunto de la comunidad, conformaba un fenómeno de vindicación tajante tanto de la identidad grupal (Pitt-Rivers, 1984) como de la sociabilidad de dicha colectividad asociada a un determinado territorio (Muñoz, 1999).

De modo similar, como adecuadamente hace constar el expediente de incoación, otro signo representativo de las mascaradas era el conformado por el uso y derroche de la tradición oral (Llano, 1929). Éste quedaba expuesto mediante la representación y, en algunos casos, la escenificación de coplas, comparsas y otras manifestaciones con cierto calado musical. Para finalizar la descripción es preciso señalar la constante cadencia que el documento plasma hacia el fenómeno de la sociabilidad. En el caso de las mascaradas cántabras éste se representa, en la mayor parte de los casos, bajo la fórmula de un más que recurrente comensalismo devengado en el desarrollo habitual de ágapes de los que participa de modo activo toda o un sector destacado de la comunidad (“Acuerdo de incoación...”, 2017: 15427).

Desafortunada y sorprendentemente el 28 de diciembre de ese mismo año, 2017, se acordó archivar el expediente de incoación puesto en marcha apenas unos meses antes, dejando sin efecto y sin protección a las mascaradas cántabras. Los órganos consultivos del Gobierno Regional entendieron que algunas de estas celebraciones -como era el caso de los *Zamarrones* de *Carabeos* en Valdeprado del Río- no cumplían estrictamente con lo dispuesto en el artículo 18 de la “Ley 11/1998, de 13 de octubre, de Patrimonio Cultural de Cantabria”. El Gobierno de Cantabria vinculó a los *Zamarrones* de *Carabeos* con una mera función turística, al alegar que estos se representaban durante el mes de agosto. Sin entrar en consideraciones personales o en juicios de valor la realidad plasmaba una clara evidencia. El desarrollo de esta celebración fuera de la horquilla temporal de los primeros meses del año desvirtuaba el valor intrínseco y exclusivamente patrimonial que a esta festividad, y por osmosis al conjunto de las desarrolladas en la Comunidad Autónoma, se le intuía (“Resolución...”, 2018: 1906-1907).

Con absoluta independencia al grado de protección que la Administración Autonómica otorgue a los *zamarrones* estos continúan su desarrollo y recuperación en una clara tendencia absolutamente historicista (Fréger, 2012). Las alegaciones más o menos justificadas, emitidas por el Gobierno regional, o la nula definición patrimonial, procedente desde el exclusivo punto de vista administrativo, no impiden el crecimiento de estas manifestaciones.

Los *zamarrones* cántabros actúan prácticamente como una sola singularidad dentro del ámbito general de las mascaradas europeas. En su conjunto poseen un sinfín de semejanzas, de las que orgullosamente hacen gala, desde la perspectiva de infinita complejidad que representan como fenómeno festivo regional (Crespo y Portugal, 2002). Esta circunstancia queda además perfectamente reflejada en los propios *Zamarrones* de Lanchares.

El caso se repite una y otra vez. Por ejemplo, si observamos con detenimiento el hecho de los *Zamarrones* de Piasca (Cabezón de Liébana), también conocidos como *L'Escañetu*, podemos advertir como éstos se celebran *ex profeso* en *Antruido*. Los participantes se valen de uso de pieles y campanos para interpretar su papel, mientras que ejecutan comparsas y reparten escobazos entre los niños para dar forma a la celebración (Álvarez, 2016).

En primera instancia son los niños, disfrazados, los encargados de salir por las calles del pueblo a tocar los campanos, al tiempo que van recaudando por las casas huevos, chorizos y otros alimentos aplicando la fórmula del aguinaldo. Más tarde los pequeños son perseguidos por un grupo de adultos, denominados *zamarrones*. Estos personajes marchan vestidos de blancos, con pañoletas de flecos de colores, pieles de oveja, conejo, zorro o asno, así como despojos de diversos animales⁵. Portan un largo capirote en la cabeza con destacadas tiras de seda y caretas con cuernos de bestias⁶ (Álvarez, 2018). Salvo la indumentaria, de los *zamarrones* blancos, el proceso de la celebración es prácticamente idéntico, como veremos a continuación, al desarrollado durante el *Antruido* en Lanchares.

Otro caso muy similar es el acaecido en el Valle de Polaciones. En esta ocasión la festividad se desarrolla desde el “domingo gordo” hasta el martes de carnaval (periodo de *Antruido* igualmente). En ella participan muchas familias del valle. Curiosamente

5 Quizá, de alguna forma, este hecho se pueda relacionar con los ritos de sacrificio ficticio animal (Raffaelli, 2009) de los que todavía queda clara constancia en las mascaradas ibéricas. Posiblemente esta actividad tenga que ver con los antiguos sacrificios paganos realizados durante el solsticio invernal, especialmente entre los pueblos de origen céltico, como los cántabros. Significativamente, la proliferación del vino (Guerra, 1973) en estas celebraciones es más que notable. Con su uso y a veces abuso, lo que se pretende es dar una especie de representatividad a la sangre de los animales sacrificados. Posteriormente ésta es bebida por los participantes. Esta costumbre puede marchar estrechamente relacionada con el comportamiento seguido por los cántabros prerromanos, los cuales solían ingerir el líquido vital de los equinos inmolado durante sus ceremonias rituales. Podemos encontrar notables referencias a este hecho en las actuales mascaradas repartidas por la región. Por ejemplo, en los *Zamarrones* de Polaciones se conduce encadenado a un mozo disfrazado de oso. Pero también se celebra con cantos la muerte de otros animales salvajes, como lobos o jabalís. En la *Vijanera* de Iguña vuelve a representarse el sacrificio de un oso, personaje central de esta mascarada (Peralta, 2003).

6 Mediante la acción de disfrazarse los jóvenes pretenden apropiarse de los poderes de aquellos personajes que intentan representar, ya sean humanos o animales (Santos, 2000), asumiendo de esa manera sus íntimas cualidades (Biedermann, 1993). Ésta no es una cuestión propia de los *zamarrones*, ni siquiera de los carnavales modernos. La asunción de los poderes y las cualidades de un tercero mediante la superposición de una indumentaria representativa de otra persona o grupo social está más bien relacionada con el singular hecho antropológico de disfrazarse. Al final, el individuo enmascarado o ataviado interpreta teatralmente un personaje distinto al suyo (Rodríguez, 1997) al desarrollar una serie de comportamientos estrechamente relacionados con los ropajes que porta.

estos carnavales, como el resto, sufrieron un significativo revés en 1937, debido a su prohibición. El Gobernador de la Junta Técnica de Estado, el militar sublevado Luis Valdés Cabanillas, dictó el 3 de febrero de 1937, desde la ciudad de Valladolid, una orden circular para todos los gobernadores civiles en la que se dictaminaba la suspensión de la festividad de los carnavales. Los motivos de este hecho no tenían que ver con cuestiones morales o religiosas, como se ha creído hasta ahora, sino con la propia contienda. Las autoridades rebeldes no creían oportuno que en tiempos de guerra se escenificasen alegrías en la retaguardia (Montagut, 2018), algo que además de hundir psicológicamente a los soldados podía enfurecerlos. Fue el propio Serrano Suñer, como Ministro de la Gobernación, quien el 12 de enero de 1940 promulgó una orden definitiva para mantener dicha prohibición y hacerla respetar estrictamente (BOE, 1940: 277)⁷. Desde entonces el Gobierno fue absolutamente tajante, sobre esta cuestión, especialmente con las autoridades locales a las que sancionó en repetidas ocasiones.

Pero en Polaciones, como hipotéticamente ocurrió en Lanchares, se siguieron celebrando, haciendo oídos sordos hacia el ruido legislativo que llegaba hasta dichas localidades como un simple murmullo. El hecho de ignorar la normativa se debió quizá a la gran tradición que existía alrededor de los *zamarrones*, amparada ésta por el indispensable aislamiento geográfico con respecto no solo a la capital de la Provincia sino al resto del Estado. Y no era para menos. Los carnavales se habían conformado como la mayor fiesta de Polaciones, al convertirse en tres días de diversión continuada. Es más, durante su desarrollo el ganado se quedaba al cuidado de los mayores o directamente desatendido. Algo parecido ocurría con las faenas agrícolas que habitualmente permanecían sin realizar. A tales límites de desmanes llegaba la celebración, que las criadas de los valles limítrofes recibían la recomendación de refugiarse en sus pueblos.

Desgraciadamente, a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado, la costumbre de “correr” esta tipología de carnavales se fue perdiendo, tanto en Polaciones como en el resto de Cantabria, muy poco a poco. La causa hay que buscarla probablemente en la cantidad de denuncias, con sus correspondientes multas devengadas, por el continuo incumplimiento de la legislación vigente. La situación se vivió de igual modo en otros puntos de la geografía regional, incluyendo Lanchares. Situación que incidió muy negativamente en la moral de los mozos, conduciéndolos al abandono de la tradición.

La afectación moral, más allá de la fiesta, tenía que ver con que los *zamarrones* eran garantes de un altísimo componente antropológico de comunidad, al tratarse de una representación hecha por y para la gente del propio pueblo (González, 2018). Sin duda,

7 “ORDEN de 12 de enero de 1940 resolviendo mantener la prohibición absoluta de la celebración de las fiestas del Carnaval” (1940): *Boletín Oficial del Estado*, 13, 13 de enero, p. 277. Diversas celebraciones se mantuvieron a lo largo y ancho de la geografía nacional durante unos cuantos años. Al final desaparecieron prácticamente en su totalidad, quedando confinadas mediante cierto letargo hasta la llegada de la democracia y la recuperación de las libertades, a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado. Este fenómeno fue común en el conjunto de las mascaradas extendidas por España.

esta celebración representaba socioculturalmente una de las máximas aspiraciones de los jóvenes de estas localidades, dado que su participación y disfrute otorgaba plenitud en su concepto de hombría. Estamos claramente ante un rito de paso, no solo desde una perspectiva temporal o climática sino también antropológica (de niño a hombre). Por ejemplo en Polaciones, el hecho de vestirse de blanco *zamarrón* era sin duda uno de los actos más importante y significativo en la vida de estos jóvenes (Gamarín, 1987), junto con el cumplimiento de alguno de los sacramentos cristianos.

Afortunadamente, tanto en el caso que nos ocupa, como en el resto de España, con el devenir de los tiempos, el autoritarismo del Régimen se fue diluyendo y las mascaradas volvieron a florecer. A esto hay que sumar la labor abnegada de, por ejemplo en Polaciones, la Asociación Socio-Cultural Pejanda. Así, las comparsas volvieron a ocupara las calles y con ellas brotaron nuevamente indumentarias blancas y negras - estas últimas como veremos transversalmente relacionadas con la tipología *zamarrón* de Lanchares-, dando lugar al nacimiento o quizá renacimiento de personajes como los *calandrajosos* o tiznados. Estos actores, quizá de nuevo cuño, no tuvieron espacio en un pasado, dado que la población se vestía para participar en estas celebraciones con lo primero que encontraba por casa y sin seguir reglamentación de atuendo o *dress code* alguno.

Estrechando más el círculo, para contextualizar definitivamente el singular hecho *zamarrón* y lo común del mismo en Cantabria, podemos circunscribirnos, incluso, a la comarca de Campoo. En esta sección geográfica las mascaradas se han celebrado, en infinidad de pueblos, más allá de donde alcanza la memoria de los más ancianos y, por supuesto, los registros bibliográficos. Sus participantes, los grupos de *zamarrones*, estaban compuestos habitualmente por unos veinte mozos del pueblo. Estos, se dedicaban a recorrer las callejas cantando y bebiendo, mientras producían ruidos ensordecedores con sus campanos, llegando incluso a portar individualmente de seis a diez.

El fin último de esta celebración, como se ha observado en infinidad de puntos geográficos, no era otro más que la consabida recaudación de dinero o alimentos, bajo el alegato de un plausible aguinaldo. El objetivo de este comportamiento consistía en la conclusión de la jornada mediante el desarrollo de un ágape, más bien cena (Guerra, 1973), de comunidad en la que primaba la hermandad entre todos los componentes del cortejo y los vecinos de la localidad (Rodríguez, 1979). Antes de su momentánea extinción, durante la década de los cincuenta del siglo pasado, en Campoo apenas se portaban disfraces confeccionados. Habitualmente, al igual que como podremos observar en el caso de Lanchares, se vestían monteras y pieles de cabra u oveja, amén de las consabidas caretas mayoritariamente artesanales. La imagen proyectada por aquel entonces, según los testimonios y descripciones de la época, se aproximaba más en apariencia a la de un *marcero* que a la de un *zamarrón* actual. Sin duda, la evolución de todas estas primigenias costumbres ha ido estableciendo las férreas bases de los *zamarrones* contemporáneos, convirtiéndolos en el movimiento popular (Montesino, 1984) y cultural que en la actualidad disfrutamos.

Existen ejemplos varios de mascaradas campurrianas recuperadas (Campos, 2003), como es el caso de los *Zamarrones* de Valdeprado del Río, denominados popularmente *Carabeos*. Estos han sabido conservar su deambular habitual a través del pueblo, saliendo procesionalmente por los barrios del Arroyal, San Andrés y Barruelo, para concentrarse finalmente en la Plaza del Arroyal, frente al ayuntamiento del municipio. Tradicionalmente el comportamiento del *zamarrón* de Valdeprado del Río ha consistido en el acoso de los transeúntes para, más que solicitarles, exigirles amablemente una limosna, mediante la fórmula, en voz apenas audible para no ser identificados, de:

“Una *perruca*, una *perruca*”

De idéntico modo, para amenizar su recorrido y dar color y calor a la festividad, los mozos cantan comparsas de todo tipo (*Tiempo de zamarrones...*, 2018). Algunas de ellas han sido recogidas, como:

“Somos *zamarrones* y pedimos
los perdones”

“*Zamarro*, *zamarrón*
con pelos de *lichón*,
de *collera* y *campanón*
y *zurriago lagartón*”

“*Antruido*, *botijudo*,
como calabaza, crudo,
Antruido, *soletón*,
burdiera, *escobón*,
arremanga la pernera,
que te daremos *candela*” (Rodríguez, 1979).

En líneas generales los rasgos comunes de todas estas mascaradas, tanto en la Comarca de Campoo como en el resto de Cantabria, la Península Ibérica e incluso Europa (De Syke, 1994), suelen ser los siguientes: se definen como una especie de *performances* populares celebradas, comúnmente, entre los meses de enero y marzo (Bradtke, 1999); habitualmente van acompañadas de ruido y algarabía producida por cencerros; los promotores, organizadores y protagonistas son en su mayoría mozos de entre dieciséis⁸ a veinticinco años, aunque últimamente también se suman a las mismas menores de esa franja de edad e incluso adultos casados; los mozos pueden ser considerados como viejos, quintos o novicios⁹; suelen hacerse acompañar de diversas comparsas,

8 En el ámbito de la cultura tradicional europea los dieciséis años establecen mentalmente la frontera entre la niñez y la edad adulta (González, 2014).

9 En el Norte de la España rural, hasta bien entrado el siglo XX, era de lo más habitual el establecimiento de una división entre los miembros de las comunidades según su rango de edad. Llegados a una determinada edad se avanzaba de una jerarquía a otra (Caro, 1965). Por ejemplo, en el caso que nos ocupa a los dieciséis años se pasaba de niño a mozo, para posteriormente llegar a casado (a través del sacramento) y finalmente a vecino.

estratificadas en varios grupos de edad; se representan acciones festivas en forma de danzas, juegos y competiciones, acompañadas por parodias y coplas burlescas que versan sobre acontecimientos sucedidos durante el último año¹⁰; existe cierta postergación de la mujer, salvo en el caso de Lanchares; solicitud de aguinaldo por las casas; señalamientos de los mojones o límites de los pueblos, mediante la defensa y control de los mismos (González, 2018); finalmente, realización de una comida en común a la que, en el caso de no participar (como ocurre en la mayoría de las mascaradas), se suele invitar a las mozas (Montesino, 2004) al institucionalizar dicha “comensalidad” como un rito absoluto (Kezich, 2014) de agregación social y unión vecinal de la localidad (Van Gennepe, 1986).

LOS ZAMARRONES EN LANCHARES

Se trata, como en los otros casos observados en España, de una tradición recuperada, aunque igualmente de origen y desarrollo desconocido¹¹. Las primeras indagaciones existentes, cuya génesis surge de los testimonios directos vertidos por parte de ciertos habitantes de la localidad, corren a cargo, allá por 2015, del esfuerzo e interés de Miguel Ángel Toca Gutiérrez quien se encarga de recopilar los primeros testimonios, valiosísimo material gráfico, e identificar adecuadamente a los futuros informantes. Las bases terminan de cimentarse tras el traslado de los datos recopilados al Ayuntamiento de Campoo de Yuso. Éste, interesado en documentar las costumbres o tradiciones municipales y extremadamente sensible hacia las representaciones culturales locales, no tarda en emitir un Bando Oficial, fechado el 1 de noviembre de 2015, para tratar de recuperar la memoria de dicha tradición, dando así lugar a la primera referencia bibliográfica y documental que menciona la existencia de estos zamarrones. Para alcanzar el objetivo propuesto el Ayuntamiento de Campoo de Yuso se valdrá de la colaboración vecinal, solicitando datos, fotografías o cualquier información o anécdota que pudiera arrojar algo de luz sobre la celebración.

Esta noticia se extiende por osmosis, superando incluso las fronteras de la Comunidad Autónoma. Así queda reflejada en el *blog* burgalés *Merindades de Castilla Vieja: la Cantabria burgalesa*, bajo el epígrafe “Vijaneras¹², zamarrones, cachiporros y

10 Las canciones, en forma de copla, los bailes, o las representaciones, son prácticas tradicionales del folklore popular que se desarrollan a lo largo y ancho del planeta (Warshaver, 1991), no siendo por ello un patrimonio exclusivo de las mascaradas cántabras.

11 Aunque la Junta Vecinal de Lanchares conserva afortunadamente mucha documentación antigua, datada incluso desde el siglo XIX, como deslindes de montes de 1840 o incluso escrituras, no se ha encontrado hasta el momento referencia alguna sobre la celebración de estos curiosos y singulares *zamarrones*.

12 El término *Vijanera* posee una polisemia muy marcada, quedando bien patente en la comarca de Campoo. En este caso el concepto se relaciona directamente con la celebración de la noche vieja y la representación asociada de un personaje burlón denominado *Vijaneru* que evoca todo lo negativo del año que acaba (Moreno y Zublezu, 2018).

chamorros”¹³ (23 de enero de 2016). En él se hace referencia directa a esta celebración, al mencionar que: “En dos localidades pegadas al embalse del Ebro, Los Carabeos (Valdeprado del Río) y Lanchares (Campoo de Yuso), los más viejos del lugar aún recuerdan de la existencia de una tradición carnavalesca denominada ZAMARRONES y que se está intentando mantener y potenciar en los últimos años.” (“Vijaneras...”, 2016).

Afortunadamente, el número de menciones a los *Zamarrones* de Lanchares va en aumento. Por ejemplo, durante el desarrollo de la presente investigación se logró un importante eco gracias a la noticia publicada, por Alba Ariz Rodríguez, en el portal de referencia *Vive Campoo*. Bajo el título “La algarabía del zamarrón” (6 de septiembre de 2018), dicha periodista se aproximó a la destacada labor de recuperación realizada través del Ayuntamiento de Campoo de Yuso, así como a una pequeña descripción de la fiesta (Ariz, 2018).

Retomando el discurso, huelga decir que a día de hoy esta celebración atesora, sin lugar a dudas, su esencia como mascarada aunque ha perdido muchos de esos rasgos o tipismos característicos, como por ejemplo la vestimenta de *zamarrón* que se supone característica y aparece en casi todas las representaciones peninsulares. Al igual que en otros puntos de Cantabria, al hacerse valer la prohibición de los carnavales durante el Régimen franquista, junto con la emigración de la juventud tanto hacia las ciudades como a otros puntos de la geografía nacional económicamente más boyantes (Muñoz, 1999), los *zamarrones* quedaron condenados a muerte mediante una extinción temporal, de unos treinta años, que se hizo realidad a finales de la década de los cuarenta del siglo XX hasta resurgir cual ave fénix a finales de los setenta o principios de los ochenta. Curiosamente y como ya se ha podido observar, el Régimen dictatorial y la despoblación consiguieron aquello que la Iglesia había intentado infructuosamente a lo largo de muchos siglos¹⁴.

Afortunadamente, en un *impase* de apenas treinta años, los *zamarrones* lograron, más que resucitar, no extinguirse por completo. La responsabilidad última de su supervivencia recayó exclusivamente sobre la labor abnegada de los padres y la ilusión infantil de niños de la localidad, a partes iguales, encargados ambos conscientemente de custodiar y desarrollar el concepto *zamarrón* más tradicional. Según Blanca Esther

13 <https://lacantabriaburgalesa.wordpress.com/tag/zamarrones/>, consultado el 17 de septiembre de 2018.

14 La condena más antigua, conocida, sobre las mascaradas paganas la realizó San Paciano, obispo de Barcelona, entre los años 360 y 390 de nuestra Era. En su obra *Cervus* condenaba directa y abiertamente este tipo de celebraciones, denominadas por aquel entonces como *cervulum facere* o *cervulum facientes*, y extendidas en por todo el Imperio Romano (Calvo, 2012) (Le Roy, 1981). Durante el IV Concilio de Toledo (633) el propio San Isidoro de Sevilla insistía también en la necesidad de combatir estas celebraciones dado que según su criterio se consagraban a diversas representaciones paganas (sin duda alguna) y a la temida lujuria. Para argumentar sus teorías mencionaba lo pecaminoso de que en ellas los hombres se disfrazasen poniéndose caretas monstruosas, para vestirse tanto de fieras como de mujeres. Además hacía hincapié en lo deleznable que suponía observar cómo, en su conjunto, estos celebrantes se dedicaban a danzar uniéndose coros de ambos sexos mientras degustaban ingentes cantidades de vino (Caro, 1965).

González Sainz, los progenitores siguen teniendo un peso fundamental, a día de hoy. Estos son los encargados de transmitir la tradición a la siguiente generación, como ya lo hicieron antaño. Ellos ya participaron en dicha actividad a lo largo de la década de los ochenta, como atestigua el escaso pero existente material fotográfico al que hemos tenido acceso.

José Antonio Ortega Fernández, vecino de Lanchares de 43 años, consigue recordar a través de esta celebración su más tierna infancia. Recuerda nítidamente como en aquel pasado aún cercano, en el que todavía asistía a la escuela¹⁵, solían salir todos los chavales disfrazados para celebrar los *zamarrones*. Estos podían participar en el evento desde los cinco años, arraigando así una tradición que ya habían visto y vivido desde su más tierna infancia. Este es el germen por el cual, a día de hoy, los padres animan a sus hijos a revivir una experiencia que, sin duda, parece haber enraizado nuevamente con fuerza. Tanto es así que la población de muchachos, de corta edad, se multiplica exponencialmente en estas fechas. Nietos, sobrinos y otros familiares directos, en mayor o menor medida, de los vecinos de Lanchares, se acercan al pueblo para disfrutar de esta cada vez más tradicional jornada festiva.

Así, la tarde del martes de carnaval, que curiosamente no está considerada como fiesta en la localidad, los menores salen disfrazados para recorrer en grupo, generando cierta algarabía, las calles del pueblo¹⁶. Aprovechan esta oportunidad para, retomando la tradición, ir llamando a las puertas de cada casa y pedir un presente, una especie de aguinaldo¹⁷ u obsequio. Éste suele ser en forma de bien material consumible, es decir: leche, fruta, tortillas, huevos¹⁸, etc. recibiendo muy rara vez alguna compensación

15 Parece ser que durante la década de los ochenta del siglo pasado se publicó una revista “artesanal”, cuyo impulso procedía conjuntamente desde las escuelas rurales de La Riva, La Población y Lanchares. Dicha obra de divulgación académica se denominaba *Nevero*. Los alumnos de cada centro educativo eran los encargados de redactar una serie de artículos para su posterior publicación trimestral. En ella aparecieron, sin duda, recogidas menciones a los *zamarrones* de Lanchares, acompañadas de imágenes de la época. Esta revista estaba editada de forma amateur y muy rústica, mediante una compilación de textos y fotografías sobre folio que tras un proceso de fotocopiado y posterior grapado manual eran distribuidas entre los padres de los alumnos pertenecientes a los tres centros anteriormente mencionados.

16 Esto recuerda a la descripción que Alcalde del Río hace sobre la procesional teatralidad de la *Vijanera*, al mencionar cómo los mozos enmascarados y ataviados con un original disfraz, corrían, saltaban y se agitaban como auténticos posesos por las calles del pueblo, produciendo a su paso un inmenso ruido. (Alcalde, 1904).

17 En el universo de las mascaradas y más especialmente en el ámbito *zamarrón* peninsular es sumamente habitual encontrarse con el hecho de la “petición de aguinaldos”, ejercicio realizado tanto por mozos como por niños. El aguinaldo, en la mayor parte de los casos, suele tener forma de alimento, aunque esto no exime que ocasionalmente sea dinerario. Dependiendo de la localización geográfica y del ímpetu de sus participantes, las comparsas pueden tomarse “la justicia por su mano” y entrar literalmente hasta las cocinas de las casas, para hacerse con los productos deseados. Incluso, llegados al extremo y en muy excepcionales circunstancias, pueden apropiarse de bienes mediante el robo (Calvo, 2012), aunque ese no es ni el caso de Lanchares ni el de los *zamarrones* en Cantabria.

18 Existe documentación gráfica, aportada por Blanca Esther González Sainz, datada en la década de los ochenta del siglo pasado, en la que se observa perfectamente los cubos con huevos que portaban los niños de Lanchares durante la pedida de aguinaldos realizada en la celebración de los *zamarrones*.

monetaria. Con su botín, estos jóvenes acompañados por algún padre, celebran una cena o pequeño banquete en el “Teleclub” de Lanchares o en La Población, vigorizando el sentido antropológico de reunión y pertenencia grupal (Muñoz, 1999) que atesora el *zamarrón*, como ya hemos visto y veremos repetido en otras ocasiones¹⁹. Durante las últimas dos décadas del siglo pasado los niños iban un pasito más allá para procurar alargar temporalmente la fiesta. Así pues trataban de celebrar varias cenas con la “cosecha conseguida”, ubicándolas estratégicamente los dos o incluso tres fines de semana siguientes al carnaval. En aquella época, como hoy, las madres cumplían un papel fundamental, dado que participaban, en cierta medida, haciendo tortillas de patatas y aportando otros productos al menú de dicha cena. El ágape era disfrutado por los más pequeños al cobijo de algún local, ya fuera privado o cedido por el Ayuntamiento (el futuro teleclub).

Retomando el hecho del *zamarrón* hemos averiguado, gracias a los testimonios de Blanca Esther González y José Antonio Ortega, que tanto los disfraces como su temática de los ochenta eran de lo más variado. Lógicamente su tipología ha ido modificando con los años. A finales del siglo pasado, estos se componían de infinidad de prendas, aunque no tuvieran sentido alguno. Los niños se disfrazaban de “cualquier cosa y con cualquier cosa”. Según José Antonio el fin último de los infantes consistía en salir por el pueblo, pasar un día estupendo montando algarabía y disfrutar de varias fiestas nocturnas, justificadas ante la autoridad paterna, dando buena cuenta del aguinaldo conseguido. Así que para disfrazarse tan solo tenían que hacer uso de la imaginación y de aquello que en desuso encontraban por casa (batas de los abuelos, ropa vieja, caretas producidas artesanalmente o compradas, aperos del campo, indumentaria de los padres etc.).

Por supuesto, y como queda reflejado en la documentación gráfica, se ha producido una metamorfosis contemporánea en la vestimenta a lo largo de las últimas tres décadas. Los disfraces han dejado de estar conformados mediante el uso de ropajes desfasados o viejos, con los que trataban de representar a ancianos y gentes singulares del campo o el espacio rural. En el presente estos son absolutamente vanguardistas y posindustriales, propios del carnaval urbano actual, aunque alguno de los integrantes de la “comparsa” trate de proteger la esencia ancestral (Rocchi, 2011) del *zamarrón* vistiendo cierto tipo ropas antiguas encontradas en sus casas o pertenecientes a algún familiar ya adulto.

Por desgracia también se ha perdido en la memoria el concepto de la celebración original, del cual no existe registro alguno. Ninguno de los informantes entrevistados consigue hacer resonar en su memoria el origen real de esta celebración, por lo que es imposible argumentar un por qué, más allá de las síntesis vertidas a través de la bibliografía general utilizada y su extrapolación a nuestro caso. Según el octogenario vecino Ignacio Fernández Ruiz, él solo recuerda la celebración de los *zamarrones* allá por la década de los años cuarenta del siglo pasado, cuando tan solo era un niño entrado en la decena y ni siquiera podía participar en ellos por lo limitado de su edad.

19 Las mascaradas, en su conjunto, reflejan siempre este tipo de ritos (Raffaelli, 2009), advocando la relación y la vecindad continua (Garrido, 1996), mediante el desarrollo de ágapes.

Rememora aquellos fríos martes de *Antruido*, víspera del miércoles de ceniza, en los que a través de la ventana de su casa veía a los mozos del pueblo, reunidos sobre la nieve, dispuestos a dar comienzo a la tradicional celebración, que ya incluso por aquella época era vespertina.

Así narra cómo al caer la tarde los chicos mayores de dieciséis años²⁰, exclusivamente, se juntaban en la casa de alguno de ellos para vestirse. Pero su primo nonagenario, Federico Ruiz González recuerda, de su niñez, que en dicha celebración también participaban las mozas²¹ de Lanchares²², por lo que la exclusividad masculina hay que ponerla en tela de juicio o por lo menos en cuarentena. Logra visualizarlas perfectamente bailando y celebrando la mascarada cerca de su casa. Éstas, al igual que

20 Sin duda estamos ante un evidente ejemplo de rito de paso (Gennep, 1986), (Leach, 1989). Los niños se convierten en mozos a los dieciséis años, momento en el cual pueden participar en los *zamarrones* y en más celebraciones. Los mozos, como en otros ordenamientos sociales, estaban perfectamente jerarquizados en Lanchares. Así, incluso, existía la figura del “mozo mayor” (Caro, 1965) (Moreno y Zubelzu, 2018) que ordenaba a los mozos de nuevo cuño y menor edad, los cuales permanecían durante todo el desarrollo de la celebración a sus órdenes. Como anteriormente pudimos observar esta condición de mozo se mantenía hasta prácticamente el momento de contraer matrimonio, siendo el sacramento, la puerta o el *limes* hacia un nuevo rito de paso. Según José Antonio Ortega Fernández, durante la década de los ochenta, sobre los mozos también recaía la responsabilidad de organizar otras celebraciones, como eran las propias fiestas en Lanchares. Desde su perspectiva este mandato adquirido con gusto y voluntariamente se debía a la inexistencia de una comisión de festejos real. Pero realmente estamos ante una cuestión que por asimilación forma parte inequívocamente del rito de paso (Raffaelli, 2009). La madurez implicaba también la adquisición de un significativo grado de responsabilidad, aunque fuese meramente festiva, para con la comunidad de la localidad. Los mozos eran los encargados de establecer presupuestos, organizar el evento, conseguir bebida, comida y música, servir, etc. Todo ello mediante una total implicación y su propia inversión económica, que en innumerables ocasiones era a fondo perdido. José Antonio Ortega aporta una anécdota muy curiosa con respecto a la responsabilidad que implicaba ser mozo en Lanchares y tener que organizar las fiestas. Parece ser que, a finales del siglo pasado, como no tenían dinero suficiente para la adquisición de vasos, los mozos se “veían habitualmente obligados” a sustraer estos recipientes en las verbenas de marzas de otros pueblos cercanos. La responsabilidad asociada al estatus se mantenía hasta que dichos mozos llegaban a contraer el sacramento del matrimonio, momento en el cual, pasaban el testigo a la siguiente generación al tiempo que perdían el rango de *zamarrón* y la posición social y local a él vinculada. Sin duda paganismo y cristianismo se volvían a cruzar, estableciendo normas y distinción social. Así desde este nuevo punto de inflexión ambas tendencias pugaban en una contienda sin cuartel por hacerse un hueco cada vez más evidente tanto en la vida individual de las personas como en la de la propia sociedad en su conjunto.

21 Habitualmente durante el desarrollo de la gran mayoría de las mascaradas europeas participan con casi total exclusividad los hombres, dado que como ya hemos podido observar se trata de un rito eminentemente masculino de exaltación, además de pastoril, guerrera. El papel de las mujeres era habitualmente de lo más secundario, permaneciendo incluso por detrás del otorgado a los niños. En algunas ocasiones participaban en estas celebraciones pero en el Norte peninsular lo hacían para ser azotadas por los *zamarrones*. Este hecho, según los investigadores, puede transcribirse como una especie de ceremonia de fecundidad (Guerra, 1973) y fertilidad (Mendoza, 2002), que nada en absoluto tiene que ver con el correr de las calles cuando los mozos persiguen a los niños.

22 Esta afirmación pone en tela de juicio, en cierto modo, las teorías expuestas por Antonio Montesino en su publicación *Vigilar, castigar y transgredir. Las mascaradas: sus metáforas, paradojas y rituales* (2004), en la cual dibujó un papel totalmente secundario para la mujer bajo el dominio contante y aplastante del hombre, durante el desarrollo de estas celebraciones. Así lo deja bien patente en apartados como “La Vijanera: mascarada invernal y estrategias festivas de dominación masculina” (pp. 15-85) y en “Identidad masculina y subalternidad de la mujer en los ritos invernales de la Cantabria rural” (pp. 129-206).

los mozos, debían contar con más de dieciséis años para poder participar. Se vestían, como los hombres, y portaban panderetas que hacía sonar por todo el pueblo.

La vestimenta de mozos y mozas, en la década de los treinta y cuarenta del siglo pasado, estaba habitualmente compuesta por pieles de oveja, en forma de zamarra, sobre ropas viejas que, en cierto modo, podían definirse como llamativas o extravagantes incluso para la época y, por supuesto, el lugar. Sin duda, estamos ante un claro ejemplo de anacronismo puro y quizá la raíz de la indumentaria o uniformidad del *zamarrón* de Lanchares. Federico Ruiz González rememora también como algunos mozos se vestían de mujeres y otras mozas de hombres, intercambiando sus roles habituales. En ambos casos estamos ante una reminiscencia, desde la perspectiva de la vestimenta, propia de la tipología del *zamarrón negro*²³, que todavía perdura en el Valle de Polaciones.

Por norma general no se portaban campanos o cencerros, como tampoco objetos con los que poder hacer ruido al desfilar, salvo las panderetas de las mujeres²⁴ anteriormente mencionadas. Aunque en alguna ocasión, excepcionalmente, Ignacio Fernández Ruiz alude a la aparición de algún campano, como hecho muy significativo. Sin duda ésta es una diferencia notable si comparamos a los *zamarrones* de Lanchares con sus coetáneos, repartidos tanto por todo el territorio de Cantabria como por el resto de la Península Ibérica. Aunque el propio Ignacio Fernández Ruiz no recuerda que los *zamarrones* se taparan la cara con caretas o mascararas, convirtiendo ese hecho en una nueva cuestión excepcional y diferenciadora, absolutamente atípica en el universo *zamarrón*, Federico Ruiz González apostilla todo lo contrario. Según éste último lo más habitual era salir con caretas de cartón que realizaban los propios *zamarrones* de forma absolutamente artesanal y casera. Éstas se pintaban con posterioridad de diversos colores, que no motivos, para más tarde colocarlas unas gomas con la intención de sustentarlas a la cabeza. Todos las portaban, tanto mozos como mozas. No existía un modelo habitual o personaje típico representado, siendo su diseño y decoración

23 La figura del *zamarrón negro* o *tiznado*, denominación ésta de Polaciones, marcha innegablemente en contraposición de la del *zamarrón blanco*. Parte de su origen es absolutamente práctico, debido a la dificultad que hasta la década de los cuarenta del siglo pasado existía, por parte de los mozos, para confeccionar trajes ricos en adornos como los propios de la tipología blanca (Cotera, 1999). El *zamarrón blanco*, representante del bien, viste estupendas, coloridas y alegres galas, moviéndose con ligereza. Por lo contrario, los negros *zamarrones*, entendidos como “ángeles malos”, portan una indumentaria sin cuidado alguno. Ésta suele ser de clara tipología agraria y rural, caracterizada por el uso del ingenio y la extravagancia como acicate hacia la proyección de una alegre maliciosidad. El *zamarrón negro* se agrupa en comparsas bajo la dirección de un mozo mayor que, siempre veterano, les marca el itinerario y las trovas a interpretar. Su indumentaria, andrajosa, puede ser la de una mujer, en ocasiones en avanzado estado de gestación, pero también se valen de todo tipo de ropas viejas, como telas de saco, apretados pantalones decimonónicos, levitas de mangas raídas o ropa militar. Destaca el uso que éstos hacen de pieles de ovino o cualquier otro animal, junto a caretas de cartón con exagerados bigotes y dentaduras terroríficas. Su calzado suele estar compuesto por zapatos de gran tamaño o albarcas (Gomarín, 1985)

24 El travestismo, absolutamente ocasional a lo largo del año, es en el caso de las mascaradas de lo más común. Suele observarse, puntualmente, durante el desarrollo de este tipo celebraciones en toda Europa (Mannia, 2017), teniendo que ver directamente con el intercambio de roles que practicaban sus participantes (Montesino, 2004). Esta costumbre nunca continúa más allá de la propia mascarada. En Lanchares, al participar las mozas durante la celebración de los *zamarrones*, el travestismo alcanzaba de pleno a ambos géneros, dejando atrás la apropiación exclusiva y tradicionalmente masculina de la que se ha hablado.

absolutamente libre. Incluso, llegados a un extremo, podían comprarse en Reinosa. A los niños solían comprárselas sus padres para jugar con independencia de ser época de *zamarrones*.

La ausencia de caretas, según la versión de Ignacio Fernández Ruiz, llamaba poderosamente la atención, puesto que los *zamarrones* por definición son una mascarada. La explicación ante esta singularidad podía tener una respuesta de lo más sencilla y lógica. Federico Ruiz González tiene diez años más (90) que Ignacio Fernández Ruiz (80), por lo tanto recuerda los *zamarrones* de la década de los treinta del siglo XX. En los cuarenta, la costumbre de ir con la cara tapada quizá se perdió involuntariamente, o se mantuvo un tanto olvidada pero, como otras muchas usanzas, latente. Esta circunstancia estuvo directamente relacionada con la estricta legislación de la época, en plena postguerra. La reglamentación vigente obligaba a la población a permanecer siempre con la cara descubierta, incluso -por no decir especialmente-, durante el desarrollo de este tipo de celebraciones carnavalescas que, además, estaban prohibidas. Con ello pretendían evitar la impunidad y el libre movimientos de “elementos subversivos” al Régimen Dictatorial que, aprovechando las festividades, pudieran “delinquir”, deambular o acercarse a los núcleos poblacionales amparados por el anonimato que brindaban este tipo de máscaras. Destacar que el estricto cumplimiento de esta norma, en absoluto modo represivo, recayó directamente sobre un destacamento de la Guardia Civil que durante un tiempo finito estuvo emplazado en La Costana.

Pero eso no fue siempre así. Probablemente desde sus orígenes, como mascarada, y hasta el final de la Segunda República se utilizaron máscaras de todo tipo, como ocurrió en el resto de *zamarrones* de Cantabria. Desconocemos su forma o composición al carecer de fuentes escritas, salvo los datos vertidos por la memoria y el testimonio de Ignacio Fernández Ruiz. Quizá, con el devenir de los años, la relajación en este tipo de normativa restrictiva, muy propia del Régimen, fue en aumento, por lo que esta costumbre pudo retomarse a finales de la década de los sesenta o principios de los setenta, llegando sin problemas hasta la actualidad.

Este extremo es tan solo una teoría por comparación y sin base empírica. Pero, sin duda, está claro que la costumbre se conservó involuntariamente durante cuarenta o cincuenta años, latente, para ser retomada durante la década de los ochenta desde una perspectiva mucho más moderna o contemporánea, como indican los testimonios a los que hemos tenido acceso. No podemos obviar que, en el caso que nos ocupa, una de las principales fuentes directas, el propio Ignacio Fernández Ruiz, vino al mundo en noviembre de 1938, casi quince meses después de la llegada a Campoo de Yuso de las tropas sublevadas rebeldes y, por defecto, de la inclusión del municipio en un Territorio Nacional en el que Iglesia y ejército adquirirían nuevas cotas de poder sobre la población civil. Quizá esta coyuntura, más la legislativa, le privó sin duda de observar el uso de caretas en los participantes de la celebración. Pero quizá, aunque la argumentación anterior posea cierta lógica y peso, la memoria de Ignacio pudo jugarle una mala pasada durante el relato de su testimonio. Es más, su propio primo nos comentó que incluso

Ignacio las había portado en innumerables ocasiones. Cuestión del todo contradictoria, dado que Ignacio fue tajante a lo largo de la entrevista al reiterar que los mozos marchaban con la cara descubierta, dado que eso permitía su reconocimiento por parte de las fuerzas del orden.

Afortunadamente, aunque tuvieran prohibido taparse la cara con máscaras, sí que parecen portar sombreros u objetos llamativos que hacía las veces de éstos sobre sus cabezas, muy en la línea trazadas por otros *zamarrones*, no solo campurrianos, como es el caso de los cercanos de Valdeprado del Río y Polaciones. Pero por desgracia se desconoce por completo la fisonomía de estos. Ambos entrevistados sí recuerdan su uso, pero no consiguen recordar su morfología.

Retomando el ceremonial hemos podido documentar que los mozos y mozas, una vez vestidos en el interior de las casas de alguno de los participantes en la comitiva, salían aprovechando la hora mágica de la tarde-noche para pedir aguinaldos²⁵ por el resto de las viviendas del pueblo. Este hecho se realizaba en total algarabía, tocando ocasionalmente campanos y, con más frecuencia, la pandereta. Acompañando a la música se cantaba y bailaba a lo “agarrao y a lo suelto”, especialmente las jotas. Federico Ruiz González recuerda una copla cantada por las mujeres durante el desarrollo de los *zamarrones*, que rezaba:

“Vísperas de carnaval, de gitana me vestí
me fui a un salón de baile por ver a mi novio allí”

“Él me dijo: gitanilla,
¿quieres hacerme el favor, de decirme con salero la gracia que tengo yo?”

“Tú eres un chico muy guapo y de muy buen corazón
pero tienes una falta, que eres un camelador”

“Camelas a dos mujeres, eso te lo digo yo
la una es morena, muy guapa, la otra es rubia como el sol”

“Si te casas con la rubia vas a ser un desgraciado
cásate con la morena y serás afortunado”

25 Como ocurre en otros muchos puntos peninsulares, durante la celebración de este tipo de mascaradas, existen una tipología de comparsas o grupos de mozos que no desarrollan interpretación dramática alguna. Tan solo se limitan a la petición de aguinaldos entre la población y quizá al desarrollo, a modo de agradecimiento o de compensación por los parabienes recibidos, de cánticos tradiciones y oraciones (Canal, 2009).

La petición de aguinaldos se ha convertido en una tradición definida en sí misma dentro de las mascaradas. Y aunque su área de actuación abarque toda la geografía peninsular, podemos observar que en Cantabria se desarrolla especialmente en la comarca de Campoo y la zona de Cabuérniga. Todo parece indicar que esta situación ha desembocado en que la demanda de regalos por parte de las comparsas de mozos, se constituya como el elemento central de la celebración (González, 1980), aunque quizá sea más bien al revés.

“No caso con la morena, aunque sea afortunado
que me caso con la rubia, aunque sea un desgraciado”

“Adiós Pepe que me voy, que mi familia me espera
si quieres saber quién soy, soy tu novia la morena”²⁶

Los pequeños del pueblo también participaban, a su manera. Así los niños salían corriendo detrás de los *zamarrones* burlándose de ellos, insultándoles cariñosamente e incluso tirándoles algunas piedras (algo muy repetido en diversas mascaradas ibéricas, como es el caso del *Jarramplas* en El Piornal, Cáceres). Éstos se volvían y salían corriendo tras ellos, golpeándoles con un palo. José Antonio Ortega denominaba a esta costumbre como “correr a los niños”²⁷.

Durante la petición del aguinaldo todos los presentes eran siempre bienvenidos por parte de los mozos, ya fueran económicos o alimenticios (huevos, pan, leche, etc.). Una vez terminado el recorrido, se daba buena cuenta del botín conseguido a manos de la

26 Se trata de una copla popular de un probable origen extremeño, aunque muy extendida por el resto de España, que lleva por título *Un lunes de carnaval* o *La gitana*. Existen varias versiones, dependiendo de la provincia en la que es entonada. Su letra más habitual reza:

“Un lunes de carnaval, de gitana me vestí / y entré en un salón de baile, donde yo a mi novio vi / Ven acá buena gitana, ven acá y har el favor / dime la buenaventura, y este fin que tengo yo / Eres alto y buen mozo, y tienes buen corazón / pero tienes una falta, que eres un zaramelón / Tú estás queriendo a dos mozas, ahora te lo digo yo / una es alta y morenita, la otra rubia como el sol / No te cases con la rubia, que serás muy desgraciao / cástate con la morena, y será afortunao / Y después de estar casado, casado con tu mujer / serás dueño de tu casa, y el dueño de su querer / Adiós Pepe que me voy, que mi novio ya me espera / si quieres saber quién soy, soy tu novia verdadera.”



(Fuente: <http://nuestramusica.unex.es/lastorres/inmateriales/musica3.htm>, consultado el 22 de agosto de 2018).

27 Los *zamarrones* del Valle de Polaciones han utilizado, desde antiguo, un palo largo de avellano y altura superior a la de un hombre, denominado *zamárganu*, en cuyo extremo se ataba una piel de cordero o trozo de saco. Además de utilizarlo como pértiga para saltar durante su representación, el fin último de éste era el de salpicar a las mozas tras haberlo impregnado en agua, miel o barro (Gomarin, 1985). Este hecho, conocido como *sabaneo*, tiene claras connotaciones sexuales asociadas a rituales propios de fertilidad. Sin embargo en el desarrollo de los *zamarrones* o *Carabeos* en Valdeprado del Río se utiliza nuevamente un palo de cuero trenzado, denominado *vergajo*, cuya función consiste en golpear a aquellos vecinos que no aportan el tan deseado aguinaldo y a los niños que “acosan” a estos *zamarrones*, con carreras y demás representaciones divertidas (Rodríguez, 1979). Aunque los *Carabeos* también porten una pértiga para saltar quizá el *vergajo* tenga una funcionalidad más parecida, que la del *zamárganu*, a la del palo usado por los *zamarrones* de Lanchares.

cuadrilla, al que se sumaban otras viandas adquiridas directamente por los mozos tras haber puesto previamente un dinero o bote en común. Se hace especial hincapié, por parte de los comunicantes, en la degustación de manos y orejas de *chón* en ese día tan señalado.

A expensas de lo expuesto y de acuerdo a la bibliografía consultada, queda bien patente que los *zamarrones* de Lanchares entrañaban una festividad de tipología absolutamente pagana ya que no estaba refrendada con celebración religiosa alguna, fuera ésta anterior o posterior, a lo largo de dicha jornada. Tradición que se ha mantenido hasta la actualidad. Pero no es una cuestión excepcional en el desarrollo de las mascaradas ibéricas. Eso sí, al día siguiente (miércoles de ceniza), comenzaba la cuaresma y el recogimiento religioso llegaba al pueblo.

El propio Federico Ruiz González rememora como hace muchos años, cuando ya ni siquiera se celebraban de forma habitual los *zamarrones* en Lanchares (por estar prohibidos los carnavales y muchísimo más el hecho de taparse la cara), aprovechó un permiso de su hermano, que estaba realizando el servicio militar en Tetuán, para tomar prestado su uniforme. Así que junto a una chica, que astutamente no identifica, se disfrazaron. Él se vistió de mujer y ella hizo lo propio con el traje militar. Travestidos ambos, como bien indicaba la tradición, se pusieron sendas caretas y salieron a pasear por el pueblo y la carretera, rememorando a los míticos *zamarrones* de la infancia. Su comportamiento no era para nada peligroso, tan solo cantaban y bailaban, o como dice él: “hacían el tonto”, pero sin duda era de lo más subversivo. Casualmente fue su tío, Benito Fernández, el primer lugareño en toparse con la pequeña comparsa. Éste al ser plenamente consciente de las prohibiciones con respecto al hecho de disfrazarse, uso de máscaras y por supuesto, indebida usanza de un uniforme militar, les riñó muy seriamente, advirtiéndoles de las consecuencias (como era la posibilidad de terminar en prisión por desobedecer las normas). La querrela no sirvió de mucho porque ambos integrantes continuaron con su peculiar y personal *zamarrón* por las calles del pueblo hasta bien entrada la noche y el cansancio

Este mismo comunicante menciona una nueva anécdota, en referencia directa a las máscaras en dicha mascarada, desmontando así una de las versiones narradas con anterioridad. Rememora sin dificultad como su primo Ignacio Fernández Ruiz, se vistió cuando todavía era un niño de tan solo catorce o quince años, sin edad para ser mozo, con una serie de ropas viejas y, por supuesto, careta. La vestimenta estaba compuesta por unos pantalones de pana y chaqueta del mismo tipo de tela. Ignacio se fue por las casas a pedir limosna, como correspondía a la tradición de los *zamarrones*, acompañado de otros tantos chiquillos. Cuando llegó a la vivienda de Federico éste salió a su encuentro, abalanzándose sobre él con la intención de retirarle la máscara y descubrir quién era. Ignacio, lógicamente, se resistió y trató de salir huyendo, pero en su escape se metió accidentalmente en un agujero en el que se recogía la basura y el abono localizado estratégicamente frente a la casa de la familia de Federico (haciendo las veces de fosa confinada en la huerta). La situación se tornó graciosa dado que Ignacio se manchó por completo con los restos orgánicos allí contenidos. Ante la imposibilidad de

abandonar la hoya por sus propios medios tuvo que ser auxiliado por otros mozos y niños con la ayuda de palos y cuerdas. Finalmente, antes de retirarse exhausto a su casa, fue descubierto por su primo, al retirarle esa máscara que en la actualidad no recuerda que fuera utilizada durante los *zamarrones*.

Curiosamente, en Lanchares, esta tipología de actividades festivas tradicionales, procesionales y grupales, en las que además se solicitan presentes, no se limitan al desarrollo de esta simple mascarada. Por ejemplo, existe una celebración, quizá paralela, que hoy en día sigue completamente viva y que de forma transversal pudiéramos relacionar con los *zamarrones*, como era y son los “Ramos”²⁸. En ella los niños, que no mozos, de Lanchares, sólo ellos, salen en la actualidad a pedir aguinaldo por las casas del pueblo. Tras hacerlo, habitualmente en horario también vespertino, terminan el día en el Teleclub para degustar su singular botín, compuesto por leche, pasteles, tortilla, etc., a lo que se suma algún otro producto manufacturado o adquirido por parte de los padres. Parece ser que estamos ante una festividad bianual, que se celebra tanto la víspera de San Juan, el 23 de junio, como en la víspera de San Pablo, el 29 de junio.

Ambas manifestaciones son muy parecidas. Por ejemplo, durante la conmemoración actual de los Ramos o *Enramá* (Moreno y Zubelzu, 2018) en la víspera de San Juan²⁹, los niños cortan una serie de ramas de fresno que acaban depositadas en las puertas o ventanas de las casas de las niñas. Es la celebración más importante y única de la fecha, puesto que durante esa noche no se queman las tradicionales hogueras de San Juan. Durante la segunda parte de la conmemoración, en este caso en la víspera de San Pablo, son nuevamente los niños de la localidad los encargados de cortar ramas, pero en este caso la tipología arborea cambia, dado que se trata de ramas de roble, las cuales igualmente son colocadas en las casas de las niñas.

Como dato curioso mencionar que al caer la noche, tanto en San Juan como en San Pablo, el relevo es y era tomado por los mozos de Lanchares. Éstos desarrollan exactamente la misma actividad pero en origen con la intención de pretender a una moza. En este caso se valen del amparo de la oscuridad, dejando los ramos, como es de esperar, en las casas de las mozas solteras. Los mozos del pueblo también piden un presente, que tradicionalmente suele ser lácteo. Singularmente, las mozas que han recibido un ramo premian a los estos mozos con algo de vino, quedando la leche o la nata como una simple anécdota.

28 Esta costumbre, de clara significación pagana (Centini, 2006), consistía originariamente en la colocación de ramos en las ventanas de las mozas más guapas, como un reflejo de galantería por parte de los mozos. Su denominación latina era *lauros ponere* (González, 1980). Incluso el propio Manuel Llano hace mención a esta costumbre, desde una perspectiva más moderna, entre sus rimas de la obra *Brañaflor* (1932). En otros puntos de Cantabria, como por ejemplo en Campoo de Suso, los ramos eran colocados en fuentes de forma ritual, como una representación de adoración hacia el agua (Valbuena, 1976), con clara cadencia indoeuropea.

29 Desde tiempo inmemorial, en Cantabria, se le han atribuido poderes mágicos a la noche de San Juan, dando con ello sentido y valor a la mitología regional (Valbuena, 1976)

En la década de los ochenta, según José Antonio Ortega, los niños también salían por la noche. Iban a las casas de las mozas, hipotéticamente a cantar (aunque no lo hiciese nadie), y ellas les daban comida y, en el mejor de los casos vino a escondidas. Ante esta situación los mozos “salían a correr” a los niños, en plena oscuridad. Esta actividad transformaba la celebración en un cúmulo de carreras y algarabía que llenaba las calles.

Terminadas las carreras, previamente a la degustación de los alimentos conseguidos, se deposita un ramo, de fresno o de roble³⁰, dependiendo de la festividad, en la puerta de la ermita de San Roque. Éste permanece allí durante un largo periodo de tiempo, con independencia de este pudiera secarse.

Es evidente que la tradición de ir pidiendo por las casas algún presente (aguinaldo) se repite, en diversas festividades y en varias ocasiones a lo largo del año, como queda constancia por parte de todos los comunicantes y la memoria colectiva. La costumbre, repetida a lo largo del tiempo, da comienzo muy pronto, exactamente, el mismo Día de Reyes. Al caer la noche de esa jornada los mozos pedían aguinaldo, llamando a la puerta, una vez más, de las casas de las mozas. Esta usanza se mantuvo hasta mediados del siglo pasado. Los mozos recibían fruta (manzanas, naranjas, etc.). En la actualidad son los niños los encargados de ir pidiendo aguinaldo por todas las casas de Lanchares, con independencia de que en ellas vivan niñas o mozas, algo mucho más práctico desde el punto de vista de la adquisición de parabienes. En este caso lo hacen siempre por la mañana, justo antes de ir a misa. Como se trata de la festividad de Reyes lo más común es que reciban dinero, con el que van a celebrar una cena al teleclub o, nuevamente, a algún local de La Población.

Esta costumbre de pedir no tarda mucho en repetirse. Así, el 31 de enero, durante la festividad de Santa Brígida los mozos del pueblo se lanzan por la noche a tocar las campanas de la iglesia para con posterioridad, acudir hasta la casa del presidente a cantar y, por supuesto, solicitar una vez más el aguinaldo. En este caso el obsequio es completamente monetario y con él se acude al bar a tomar vino. Durante la década de los cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado, con el dinero conseguido, los mozos de Lanchares compraban sardinas y el mencionado vino para consumirlo en camaradería. Esta conmemoración no estaba prohibida por el régimen, puesto que no se trataba de carnaval alguno.

Federico Ruiz González recuerda como durante una celebración de San Brígida coincidió que el Presidente era cuñado del tabernero. Casualmente, por aquella época, los mozos de Lanchares estaban enemistados con el tabernero porque éste no había contribuido a la contratación de los músicos para las fiestas (pito y tambor). Ya durante las *marzas* del año anterior la fricción había generado algunas chispas, dado que en vez de comprarle a él el vino, los mozos habían ido en bicicleta hasta La Población para traerlo dentro de un garrafón. Cuando llegó Santa Brígida, tras ir a cantar a casa del Presidente y recibir los “dos reales” correspondientes por aguinaldo, los mozos se acercaron hasta la cantina local y pidieron un chiquito de vino que, como protesta, no

30 Se trata de ramas atribuidas a dos especies de árboles mágicos en el folklore europeo (Peralta, 2003).

bebieron. Éste vaso permaneció intacto sobre el mostrador de mármol hasta las fiestas de septiembre.

La acción de solicitar aguinaldo³¹ vuelve a repetirse a lo largo del curso anual durante la celebración de los *zamarrones*. En ella tantos los mozos, en su momento, como los niños, en la actualidad, son los encargados de salir a solicitar dicha dádiva. Al tratarse de jóvenes de poca edad muy raramente el presente es monetario, por lo que, como ya hemos visto y se puede observar en el material gráfico, tan solo obtienen comestibles (frutas, tortillas, pan, etc.).

Este comportamiento se vuelve a refrendar durante la celebración de las *marzas*³². Federico González Ruiz recuerda nuevamente como se cantaban el 28 de febrero por todas las casas del pueblo. Se ejecutaban siempre por la noche, a “deshoras”, lo que significa sobre el reloj las dos o las tres de la madrugada. Los mozos al llegar a las puertas de las viviendas solían entonar:

“Levántate morenuca, levántate resalada
levántate morenuca que ya viene la mañana”

“La mañana ya ha venido, la chica no se levanta
que le duele la cabeza y un poquito la garganta”

31 Parece ser que, tanto en España (García, 1992) como en Portugal, la costumbre de dar algo a los mozos está relacionada con un reconocimiento o premio a sus familias por la labor de haber sacado adelante a un hijo que, además, había llegado sin problemas hasta la edad adulta. Se relaciona este comportamiento con una clara expresión de alegría, dado que el relevo generacional del pueblo estaba plenamente garantizado, generándose para el mismo y sus habitantes nuevas perspectivas de futuro. Esta costumbre está a su vez estrechamente relacionada con la romana de las *strenae* (González, 1980). Dicha tradición hace referencia a los regalos que se hacían durante las fiestas de las *Kalendae Ianuariae* -más o menos sobre el 1 de enero- (Mesnil, 1970) (Le Roy, 1981). San Agustín, San Juan Crisóstomo o el Concilio de Auxerre, del 578, trataron de suspenderlas por los desórdenes que ocasionaban (Calvo, 2009).

Los aguinaldos, en el caso de las *marzas* desarrolladas en Campoo, representaban un pago realizado por la comunidad hacia los mozos solteros, como contraprestación por los servicios prestados por estos a lo largo del año (Moreno y Zubelzu, 2018).

La palabra aguinaldo tiene su origen en el gaélico o celta *au gui l'an neuf*. Literalmente tiene dos acepciones: “al muérdago” o “al año nuevo”. Dicha expresión, difícilmente pronunciable para los hispanohablantes, era gritada de forma constante por los druidas en su trascurso procesional hacia lo profundo de los bosques, al tiempo que recogían muérdago, durante la celebración del solsticio de invierno. Curiosamente, el sumo sacerdote druida portaba un sombrero rematado en penacho de cintas de colores que le caían por la espalda (Valdivieso, 1993), recordado la uniformidad de muchísimas mascaradas europeas.

32 Las *marzas* aparecen por primera vez recogidas de la mano de José María de Pereda en su obra *Escenas montañosas* (1864). Curiosamente, éstas tienen lugar en la noche de Navidad. La celebración estaba compuesta por dos docenas de “mocetones” que se dedican a ir pidiendo casa por casa del lugar. Por su actuación, en forma de romance, recibían una serie de productos como costillas, huevos, morcillas, etc. que posteriormente eran degustados en la taberna del pueblo. El erudito montañés también aludía a una serie de enfrentamientos entre los grupos de *marceros*, procedentes de diferentes barrios, a los cuales denominaba como *lances* (Pereda, 1864).

Como dádiva lograban obtener productos frescos, como huevos, y embutido. Muy gustosamente todos los parabienes eran recogidos entre dos *marceros*, menos dotados para el canto, encargados de portar cestos con dicho fin (Moreno y Zubelzu, 2018). Repitiéndose el proceso de socialización observado anteriormente en los *Zamarrones*, los *Ramos* o en *Reyes*, ese mismo día se daba buena cuenta del botín obtenido. Las tortillas y otros productos coronaban un ágape al que asistían, nuevamente, todos los jóvenes de Lanchares. Hoy en día son los niños del pueblo los encargados, por el momento, de mantener esta tradición. Costumbre totalmente desvirtuada ya que tan solo se limitan a pedir aguinaldo, muchas veces dinerario, sin entonar canción alguna.

Finalmente, debido al proceso de globalización y a cierto grado de apropiación cultural, durante el *Samuin*³³, noche de difuntos o *Halloween* los niños de Lanchares vuelven a recorrer el pueblo, una vez más, disfrazados. La costumbre anglosajona, pero con reminiscencias prerromanas (Simpson, 2012), brinda nuevamente la oportunidad a estos jóvenes de solicitar presentes casa por casa en una noche de divertimentos. En este caso, los bienes obtenidos son caramelos y todo tipo de dulces. Terminado el recorrido que comenzó con la puesta del sol, los niños reproducen una vez la sana y social costumbre de cenar todos juntos, en este caso nuevamente acompañados de algún adulto y, habitualmente, en La Población.

CONCLUSIONES

En resumen, la mascarada tradicional de los *Zamarrones* de Lanchares no difiere demasiado del resto de similares manifestaciones tanto de la Comunidad Autónoma de Cantabria como del resto de la Península Ibérica. Ante los ojos inexpertos parece que se perdió, un tanto, el uso de ropajes e incluso de personajes singulares, propios de este tipo de celebraciones. Pero si rascamos un poco, en la superficie, pronto encontramos la existencia de potentes connotaciones relacionales con la tipología del *zamarrón* negro, y muy bien conservadas. Esta reminiscencia se mantiene gracias a la procesión de ciertos participantes y su interpretación de seres un tanto oscuros para el universo *zamarrón*, como pueden ser los viejos, la gente de campo y, por supuesto, el conjunto de mozos vestidos con pieles de animales.

Al recurrir a investigaciones etnológicas de cierto calado podemos observar, sin lugar a dudas, que se repiten peculiaridades, rasgos comunes, que conforman la estructura general de las mascaradas o ritos (Kezich, 2014) anuales entorno al solsticio de invierno repartidos por toda Europa. Así queda bien patente el desarrollo de la reunión de mozos con el objetivo de hacer una cuestación con el objetivo de, más tarde, desembocar en una comida o celebración fraternal entre todos los miembros de la comunidad. Por otro lado y más allá de la denominación *zamarrón*, durante la representación aparecen unos

33 Denominación cántabra procedente del vocablo prerromano original, habitualmente vinculado al mundo celta, *Samhain*. Aunque el término, y sus costumbres asociadas, tan solo se ha conservado, a lo largo del tiempo, en puntos muy específicos de la geografía de Cantabria, no ocurrió igual en la Comarca de Campoo. Quizá este concepto llegó hasta Lanchares por una cuestión propia de aculturación moderna.

personajes comunes en todas estas celebraciones como son los viejos y, por supuesto, los fustigadores de niños. Unos surgidos de la confección de vestimentas y otros por el hecho de correr detrás de los infantes. Finalmente, queda constancia del uso constante de representaciones que sin ser totalmente teatralizadas se valen de la entonación de coplas, dichos y sucedidos (González, 2014). Sin duda la herencia patrimonial intangible que representa esta mascarada debe ser protegida, puesta en valor e incluso implementada como muestra de la riqueza del legado cultural que la resistencia colectiva (Fréger, 2012) ha sabido atesorar en esta localidad de Campoo de Yuso.

Como afortunadamente este tipo de tradiciones se han mantenido vivas, pero en constante evolución, y con la sana intención de evitar una continua pérdida de valores, en cuanto al rito de las mascaradas en Lanchares, se pueden establecer una serie de cuestiones básicas descriptivas, a la vista de los datos vertidos a través de la presente investigación:

CEREMONIA

En la localidad de Lanchares los *zamarrones* se vienen ejecutando, siempre con marcado carácter vespertino, es decir: la tarde del martes de *antruido* o martes de carnaval, siempre en vísperas del miércoles de ceniza. Los participantes, originariamente, eran tanto mozos como mozas del pueblo, con una edad comprendida entre los 16 años y el momento de contraer matrimonio. En la actualidad, son los niños menores de esa edad los encargados de mantener y desarrollar la festividad. Tradicionalmente los mozos y mozas se agrupaban en forma de comparsa (grupo de *zamarrones*) y eran dirigidos por la figura de un mozo mayor o veterano. Procesionaban por las calles y carretera de Lanchares vestidos y travestidos de diversos personajes del universo *zamarrón*, siempre portando mascaradas para no ser reconocidos. Su objetivo era el de generar gran algarabía durante la jornada festiva. Los más pequeños también participaban. Su papel consistía en acosar a las comparsas bajo sutiles insultos y el arrojamiento de piedras livianas. Como contraprestación obtenían jolgorio, carreras y persecuciones. Estas últimas surgían por parte de los *zamarrones* que, como respuesta a dichas acechanzas, intentaban “golpear” tenuemente a los jóvenes con un palo. Este hecho, denominado “correr a los niños”, hacía sin duda las delicias de los menores.

Las comparsas de *zamarrones* discurrían su deambular festivo, por el pueblo, desarrollando interpretaciones dramáticas mientras entonaban coplas y bailaban, tanto a “lo *agarrao* como a lo suelto”, especialmente jotas. Este desarrollo siempre marchaba acompañado por el sonido de las panderetas portadas por las mozas. Al mismo tiempo iban pidiendo un aguinaldo casa por casa, habitualmente en forma de bien alimenticio (leche, fruta, huevos, etc.), del que daban muy buena cuenta, al finalizar la jornada, en una cena en comunidad. En dicho ágape puede participar toda la colectividad, tanto degustando el mismo como aportando nuevos productos (tartas, tortillas, embutidos, etc.). Destacaba como plato tradicional el consumo de manos y orejas de *chón*.

PERSONAJES

Hemos logrado recoger, gracias a los testimonios de los informantes de mayor edad, un repertorio de personajes vinculados, todos ellos, a la tipología del *zamarrón* negro. Estos se describen con asiduidad a lo largo de la geografía, cuando menos, cántabra. Pueden definirse como:

- *Zamarrón*: personaje arquetipo vestido con atuendos viejos o desfasados (siempre llamativos y extravagantes) y, por supuesto, con pieles de oveja en forma de zamarra. Siempre es varón. Se menciona el uso de un sombrero (aunque no se describe), el porte de algún cencerro ocasional y de un palo.
- Anciano y anciana: vestidos confeccionados con atuendos viejos y desaliñados, como ropas de los abuelos o atuendos pretéritos. Los participantes pueden ir travestidos.
- Hombre y mujer: los mozos y mozas cambian se roles al travestirse tomando los atuendos y representando los comportamientos del sexo opuesto. Vestimenta tradicional, no vieja, para distinguirse de los modelos de anciano y anciana.
- Militar: personaje varón que se vale de uniformes militares de la época, procedentes de familiares de permiso o de servicios de armas pretéritos.
- Hombre de campo: interprete cubierto con ropajes viejos y rústicos (pantalones de pana, chalecos, camisas desfasadas y rotas, albarcas, etc.) y aperos del campo, siempre tratando de representar al típico labrador o pastor de la zona.

Complementos utilizados

- Cencerros y campanos: propios del disfraz de *zamarrón* negro. Su uso se circunscribe realmente a lo ocasional, no como una constante. Deben ser del tipo usado por el ganado local.
- Caretas o máscaras de cartón: siempre con el objetivo de no ser reconocidos y asumir el rol del actor representado. Los personajes, mozos y mozas, se valen de ellas para pasar desapercibidos ante la atenta mirada de los vecinos. Son artesanales y las usan todos los participantes en la celebración. Por ósmosis con otras mascaradas cántabras, y especialmente campurrianas, éstas deben ser de

cartón (en el caso de ser artesanales) e ir decoradas con colores. Representan una actitud burlesca engalanada bajo una maliciosa sonrisa.

- Panderetas: utilizadas en las comparsas, exclusivamente por las mozas, como acompañamiento instrumental a las coplas entonadas por mozos y mozas.
- Sombreros: se menciona su uso en varias ocasiones. Llegan a describirse como objetos llamativos, aunque los informantes no los logran definir con la exactitud suficiente. Son portados por mozos vestidos de *zamarrón* propiamente dicho.
- Cubos: utilizados con el objeto de almacenar en ellos las dádivas obtenidas a través de la petición de los aguinaldos. Son portados por algún mozo que no participa en el desarrollo de las coplas.
- Aperos de campo: todo tipo de herramientas de labor y ganaderas para representar lo más fidedignamente posible a las gentes y los oficios del ámbito rural. Portado por los personajes vestidos de labriegos.
- Palo: utilizado tanto para apoyarse procesionalmente como para “correr a los niños”. Portado exclusivamente por los personajes vestidos de *zamarrón* propiamente dicho. Se desconoce su altura, pero posiblemente fuera de una altura mayor al mozo, como los utilizados para la contención del ganado.

BIBLIOGRAFÍA

- “ACUERDO de incoación de expediente para la declaración de las mascaradas rurales de invierno como Bien de Interés Cultural Etnográfico Inmaterial” (2017): *Boletín Oficial de Cantabria*, 119, 21 de junio, pp. 15426-15428.
- ANTOŠ Zvezdana (2015): *Le carnaval et la politique en Croatie*, in MALLÉ Marie-Pascale (ed.), *Le monde à l'envers. Carnavals et mascarades d'Europe et de Méditerranée*, Flammarion/MuCEM: París/Marsella, pp. 279-280.
- ALCALDE DEL RÍO, Hermilio (1904): *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la Provincia de Santander*, Blanchard y Arce: Santander.
- ALFORD Violet (2004): *Fêtes pyrénéennes. Calendrier du folklore pyrénéen, coutumes et magie, théâtre, musique et danse*, Loubatière: Portet sur Garonne.
- ÁLVAREZ, Pedro (2016): “Los zamarrones toman Piasca”, *El Diario Montañés*, 30 de enero, (<https://www.eldiariomontanes.es/occidental-liebana/201601/30/piasca-vivio-tradicion-carnaval-20160130203658.html>, consultado el 7 de agosto de 2018.).
- ÁLVAREZ, Pedro (2018): “Zamarrones y campaneros bajo la nieve de Piasca”, *El Diario Montañés*, 10 de febrero, (<https://www.eldiariomontanes.es/region/liebana/zamarrones-campaneros-bajo-20180210180941-nt.html>, consultado el 7 de agosto de 2018).
- ARIZ GUTIÉRREZ, Alba (2018): “La algarabía del zamarrón”, *Vive Campoo*, 6 de septiembre (<http://www.vivecampoo.es/noticia/algarabia-zamarron-15525.html>, consultado el 17 de septiembre de 2018).
- BIERDERMANN, Hans (1993): *Diccionario de Símbolos*, Paidós: Barcelona.
- BORREGO GUTIÉRREZ, Esther (2003). “Matrimonios de la Casa de Austria y fiesta cortesana”, en GARCÍA, Bernardo José y María Luisa LOBATO LÓPEZ (Coords.), *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Junta de Castilla y León: Valladolid, pp. 79-115.
- BOURNE, Henry (2015): *Arcadia Britannica. A Modern British Folklore Portrait*, Thames & Hudson: Londres.
- BRADTKE, Elaine (1999): *Truculent Rustic*, FLS Books: Londres.
- BROWN, Theo (1979). *The Face of the Dead*, D.S. Brewer and Rowman and Littlefield, for The Folklore Society: Londres.
- BURKE, Peter (1980): *Cultura popolare nell'Europa moderna*, Mondadori: Milán.
- CALDERÓN ESCALADA, José (2006): *Campoo*, Librería Estudio: Santander.

- CALVO BRIOSO, Bernardo (2009): “Castilla y León”, en FERREIRA, Hélder y Bernardo CALVO (Coords.), *Máscara ibérica*, Vol. II, Caixotín: Porto, pp. 62-183.
- CALVO BRIOSO, Bernardo (2012): *Mascaradas de Castilla y León: tiempo de fiestas*, Junta de Castilla y León: Valladolid.
- CAMPOS, Jesús (2003): “Los zamarrones, una tradición recuperada”, *Los Carabeos*, 3, p. 3, (<http://www.adelca.es/Portadasrevistas/20090422163906808.pdf>, consultado el 21 de agosto de 2018).
- CANAL RODRÍGUEZ, Pablo (2009): “Asturias”, en FERREIRA, Hélder y Bernardo CALVO (Coords.), *Máscara ibérica*, Vol. II, Caixotín: Porto, pp. 12-61.
- CARO BAROJA, Julio (1965): *El carnaval: análisis histórico-cultural*, Ediciones Taurus: Madrid.
- CARO BAROJA, Julio (2006): *El carnaval*, Alianza Editorial: Madrid.
- CASTELLI, Franco y GRIMALDI, Piercarlo (1997): *Maschere e corpi: tempi e luoghi del carnevale*, Meltemi: Roma.
- COTERA, Gustavo (1999): *El traje en Cantabria*, Editorial Cantabria: Santander.
- CRESPO LÓPEZ, Mario y PORTUGAL GARCÍA, Óscar (2002): *Fiesta y cultura popular en Cantabria*, Centro de Estudios Montañeses: Santander.
- COULIBALY, Marc (2014): *Des masques culturels au masque muséifié. Leurs usages et représentations à travers l'itinéraire d'un chercheur*, Musée international du Carnaval et du Masque: Binche.
- DAVIDSON, Hilda R.E. (ed.) (1984): *The Hero in Tradition and Folklore*, The Folklore Society: Londres.
- DE MARLIAVE Olivier (2010): *Les fêtes des Pyrénées du Roussillon au Pays basque et de l'Euskadi à la Catalogne*, Éditions Sud Ouest: Burdeos.
- DE SYKE Yvonne (1994): *Fêtes et croyances populaires en Europe. au fil des saisons*, Bordas: París.
- DEL OLMO GARCÍA, Ángel (2015): *Iconografía sexual en el románico*, Editorial Genèric: Palencia.
- DORADO y DÍEZ MONTERO, Alberto (1969): “En torno a la magia”, en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. I, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 243-262.

- DURKHEIM, Emile (1992): *Las formas fundamentales de la vida religiosa: el sistema totémico, en Australia*, Ediciones Akal: Madrid.
- EDWARDS, Elisabeth (2007): *A Record of England: Sin Benjamin Stone & The National Photographic Record Association*, Dewi Lewis Publishing: Stockport.
- FERREIRA, Élder y PERDIGAO, Teresa. (2003). *Máscaras em Portugal*, Mediatexto: Lisboa.
- FRÉGER, Charles (2012): *Wilder mann: Ou la figure du sauvage*, Thames & Hudson: París.
- GALLOP, Rodney (1961): *Portugal: A Book of Folks Ways*, Cambridge University: Cambridge.
- GARCÍA LOMAS, Adriano (1922): *Estudio del dialecto popular montañés: fonética, etimología y glosario de voces*, Nueva Editorial: San Sebastián.
- GARCÍA LOMAS, Adriano (2000): *Mitología y supersticiones de Cantabria*, Librería Estudio: Santander.
- GARCÍA LOMAS Adriano y CANCIO, Jesús (1928): *Del solar y la raza: tradiciones y leyendas de la Montaña*, Editorial M. Bermejillo U. y HNA: Pasajes.
- GARCÍA PAREDES, Emilio (1895): “El carnaval”, *El Avisador: semanario de interés de Santoña y su comarca*, Año II, nº 36.
- GARCÍA RODERO, Cristina (1992): *España: fiestas y ritos*, Lunwerg: Barcelona.
- GARRIDO PALACIOS, Manuel (1996). “Itzea 1976. Conversaciones con Don Julio Caro Baroja al hilo de los Carnavales de Zubieta, Ituren y Lanz (Navarra)”, *Revista de Folklore*, nº 181, pp. 19-23.
- GAUTHARD, Nathalie (2014): *Fetes, mascarades et carnivals. Circulations, transformations et contemporanite*, L'Entretiens: Lavérune.
- GOMARÍN GIRADO, Fernando (1985): “El carnaval en un valle de la Cantabria Suroccidental”, *Revista de Folklore*, Tomo 5, 51, pp. 93-107.
- GOMARÍN GIRADO, Fernando (1987): *El carnaval en el Valle de Polaciones*, Editorial Ilustrada: Santander.
- GOMARÍN GIRADO, Fernando (1987): “Mascaradas y teatralizaciones en las vijaneras de Cantabria”, en ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. y A. CEA GUTIÉRREZ (Coords.), *Actas de las jornadas sobre teatro popular en España*, CESIC: Madrid, pp. 139-163.

- GONZÁLEZ, Oscar J. (2014): *Mascaradas de la Península Ibérica*, Autoedición: Lugo.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín (1980): “Algunas prácticas paganas conservadas en el folklore de Cantabria”, en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. X, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 95-113.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín y DIAZ GÓMEZ, Alberto (1988): *Manual de etnografía cántabra*, Librería Estudio: Santander.
- GONZÁLEZ LLANO, Manuel (2018): “La Vijanera de Silió”, *Antropología y tradiciones populares*, año 1, 1, pp. 15-20.
- GRAU LOBO, Luis (2010): *El Camino de Santiago: sentido, rutas e hitos*, El Mundo: Madrid.
- GUERRA GÓMEZ, Manuel (1973): *Constantes religiosas europeas y sotoscuevenses*, Aldecoa: Burgos.
- KEZICH, Giovanni (2014): “Le labour rituel au coeur du carnaval”, in MALLÉ Marie-Pascale (ed.), *Le monde à l'envers. Carnavals et mascarades d'Europe et de Méditerranée*, Flammarion/MuCEM: París y Marsella, pp. 84-85
- LAMALFA DÍAZ, José Miguel (1989): “Las marzas”, *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. XIII, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 135-191.
- LEACH, Edmund (1989): *Cultura y comunicación: la lógica de la conexión de los símbolos*, Siglo XXI de España Editores: Madrid.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel (1981), *Il carnevale di Romans*, Rizzoli. Milán.
- LLANO, Manuel (1929): *Tablanca: mitos y leyendas populares recogidos en la tradición oral*, Ateneo de Santander: Santander.
- LLANO, Manuel (1998): *Brañaflor: obras completas*, Tomo 1, Alianza Editorial: Madrid.
- MADRAZO, Pedro L. y TEMIÑO, Sara (2015): *Cantabria: tradiciones y leyendas ilustradas*, Santander: Editorial Los Cántabros y ADIC.
- MENDOZA GARCÍA, Óscar Javier (2002): “Mujeres como protagonistas en el carnaval de España”, *Hispánica*, 46, pp. 112-129.
- MACK, John (2006): *Masks: The Art of Expression*, British Museum Press: Londres.

- MANNIA, Sebastiano (2017): *Oltre carnevale: maschere, travestimenti, inversioni. Atti del Convegno internazionale*, Fondazione Ignazio Buttitta: Palermo.
- MARQUARD, Odo (1993): “Una pequeña filosofía de la fiesta”, en SCHULZ, Uwe (Coord.), *La fiesta: una historia cultural desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid: Alianza Editorial.
- *MASQUES et déguisements de la Roumanie traditionnelle*, (1977), Musée international du Carnaval et du Masque y Fédération du Tourisme du Hainaut: Binche.
- MENARDI, Herlinde, y BERGER C. Karl (2014): *Hinter der Maske. Ausstellung Tiroler Volkskunstmuseum*, Tiroler Landesmuseen: Innsbruck.
- MESNIL, Michel (1970): *La fête des kalendes de janvier dans l'Empire romain*, Éditions Latomus: Bruselas.
- MEULI, Karl (1943): *Schweizer Masken: 60 Abbildungen und eine Farbtafel nach Masken der Sammlung Eduard von der Heydt und aus anderem Besitz*, Atlantis: Zurich.
- MISHKOVA, Iglia (2014): “Mascarades en pays orthodoxe: l'exemple de la Bulgarie”, in MALLÉ Marie-Pascale (ed.), *Le monde à l'envers. Carnavals et mascarades d'Europe et de Méditerranée*, Flammarion/MuCEM, París y Marsella, pp. 141-142.
- MONTAGUT, Eduardo (2018): “La prohibición del Carnaval con el franquismo”, *Diario El Salto*, 9 de febrero, (<https://www.elsaltodiario.com/nueva-revolucion/la-prohibicion-del-carnaval-con-el-franquismo>, consultado el 7 de agosto de 2018).
- MONTESINO GONZÁLEZ, Antonio. (1984): *Fiestas populares de Cantabria (2): carnavales rurales*, Cuadernos Tantín 7, Ediciones Tantín: Santander.
- MONTESINO GONZÁLEZ, Antonio (2004): *Vigilar, controlar, castigar y transgredir. Las mascaradas: su metáforas, paradojas y rituales*, Límite: Santander.
- MORENO LANDERAS, Luis Ángel y ZUBELZU GONZÁLEZ, Nacho (2018): *La vida en sepia: artículos sobre la etnografía de la Merindad de Campoo publicados en el Periódico El Cañón de Reinosa*, El Cañón: Santander.
- MUÑOZ GÜEMES, Alfonso (1999): “Transformación estructural e identidad sociocultural en la comarca de Campoo”, *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. XIV, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 189-214.

- NESTI, Arnaldo (1996): “Lo festivo que se dice, lo festivo que se vive: aspectos de lo festivo en la cultura contemporánea”, *Antropología*, 11 (marzo), pp. 69-82.
- OGRODOWSKA, Barbara (1997): *Polskie obrzędy doroczne. Przewodnik po wystawie stałej / Polish Rituals of the Annual Cycle: Guide to the Permanent Exhibition*, Państwowe Muzeum Etnograficzne: Varsovia.
- “ORDEN de 12 de enero de 1940 resolviendo mantener la prohibición absoluta de la celebración de las fiestas del Carnaval” (1940): *Boletín Oficial del Estado*, 13, 13 de enero, p. 277.
- PELOLOGU, Alexandra (1980): *Les traditions et les coutumes des douze-jours et du carnaval en Macédoine orientale*, EHESS: París.
- PERALTA LABRADOR, Eduardo (2003): *Los cántabros antes de Roma*, Real Academia de la Historia: Madrid.
- PEREDA, José María de (1864): *Escenas montañosas*, Imprenta A. de San Agustín y Agustín Jubera: Madrid.
- PITT-RIVERS, Julian (1984): “La identidad local a través de la fiesta”, *Revista de Occidente*, 38-39, pp. 17-35.
- RAFFAELLI Umberto (2009): *Riti di carnevale*, UCT: Trento.
- RANCĀNE, Aīda (ed.) (2014): *Starp divām saulēm: Latviešu tradicionālo masku izstāde/Between two suns: Latvian Traditional Mask Exhibition*, Latvijas Folkloras Biedrība: Riga.
- REMITS, Jacqueline, y NEVE, Wendy (2004): *Carnavals traditionnels en province de Liège*, Ed. du Céfal: Liège.
- “RESOLUCIÓN por la que se dispone la publicación del Acuerdo del Consejo de Gobierno por el que se procede al archivo de las actuaciones y, en consecuencia, dejar sin efecto la resolución de la Directora General de Cultura, de 12 de junio de 2017, que incoaba expediente para la declaración de las Mascaradas Rurales de Invierno como Bien de Interés Cultural Etnográfico Inmaterial” (2018): *Boletín Oficial de Cantabria*, 13, 18 de enero, pp. 1906-1907.
- REVELARD Michel, y KOSTADINOVA Guergana (1998): *Le livre des masques. Masques et costumes dans les fêtes et carnivals traditionnels en Europe: Collections du Musée international du Carnaval et du Masque*, La Renaissance du livre: Tournai.
- RIVAS RIVAS, Ana María (2001): “Rituales y ecología cultural en Cantabria”, *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. XV, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 59-76.

- ROCCHI, Giovanni (2011): *La profunda ancestrale importanza del carnevale: del «nostro» carnevale, ma in generale anche di ogni vero «carnevale europeo»*, Capodarco di Fermo: Monsampietro di Morico.
- RODRIGUEZ DE LA FUENTE, Mercedes (1969): “El Sanjurrán de Carmona: notas sobre la vida y la obra de Manuel Llano”, en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. I, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp.265-482.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Agustín (1979): *Los Carabeos: historia, economía y sociedad en un concejo rural de la Merindad de Campoo*, Centro de Estudios Montañeses y Diputación Provincial de Santander: Santander.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Agustín (2002): “Los zamarrones”, *Los Carabeos*, 1, p. 6, (<http://www.adelca.es/Portadasrevistas/20090422163739931.pdf>, consultado el 21 de agosto de 2018).
- RODRÍGUEZ PASCUAL, Fernando (1987): *Mascaradas de invierno en Zamora y Tras-os-Montes: I, Zangarrones y Tafarrones. Caja de Zamora: Zamora.*
- ROSE, Herbert Jennings (1955): “La religión mitológica romana”, en JAMES, Edwin. Oliver, *Historia de las religiones*, I, Editorial AHR: Barcelona, pp. 451-565.
- SANTOS, D. (2000): “Mácaras, um segundo rosto”, *Revista El Filandar*, pp. 32-35.
- SETTIMI, Lorenzo (2015). *Lu Zann. Il carnevale come rito agrario: il caso etnografico dell'alta valle del Garrafo*, S.L.S.D: Roma.
- SIMPSON, Jacqueline (2012): *Studies in English and Scandinavian Folklore*, The Folklore Society: Londres.
- “TIEMPO de zamarrones en los Carabeos: Valdepredo del Río celebra este fin de semana sus fiestas tradicionales (2018): *Vive Campoo*, 15 de agosto, (<http://www.vivecampoo.es/noticia/tiempo-zamarrones-carebos-15379.html>, consultado el 20 de agosto de 2018).
- TIZA PINELO, Antonio (2004): *Inverno mágico. Ritos e Mistérios Transmontanos*, Ésquilo: Lisboa.
- TOMÉ MARTÍN, Pedro (1996): *Antropología ecológica: influencias, aportaciones e insuficiencias. Procesos culturales de adaptación en el Sistema Central*, Institución Gran Duque de Alba: Ávila.
- VALBUENA MORÁN, María Teresa (1976): “Valor y sentido de la mitología cántabra”, en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folclore Hoyos Sainz*, vol. VIII, Diputación Provincial de Santander: Santander, pp. 105-137.

- VALDIVIELSO ARCE, Jaime (1993): “Los gigantones, gigantillos, tetines y danzantes y otros personajes del folklore burgalés: breve reseña histórica”, *Revista de Folklore*, 151, pp. 17-24.
- VAN GENNEP, Arnold (1986): *Los ritos de paso*, Editorial Taurus: Madrid.
- VÉLEZ PÉREZ, Ángel. y TORRES GONZÁLEZ, Andrés (1989): *La vijanera de Iguña*, Universidad de Cantabria: Santander.
- “VIJANERAS, zamarrones, cachiporros y chamorros” (2016): Blog *Merindades de Castilla la Vieja: la Cantabria burgalesa*, 23 de enero, (<https://lacantabriaburgalesa.wordpress.com/tag/zamarrones/>, consultado el 17 de septiembre de 2018).
- VOVELLE, Michel (1996): “La fiesta en el campo de la historia de las mentalidades”, *Antropología*, 11 (marzo), pp. 21-38.
- WARSHAVER, Gerald E. (1991): “On Postmodern Folklore”, *Western Folklore*, 50, pp. 219-229.

INFORMANTES

- | | | |
|---------------------------------|-----------|----------------------------------|
| - Blanca Esther González Sainz | (47 años) | Vecina de Lanchares - 20/07/2018 |
| - Ignacio Fernández Ruiz | (80 años) | Vecino de Lanchares - 23/07/2018 |
| - José Antonio Ortega Fernández | (43 años) | Vecino de Lanchares - 24/08/2018 |
| - Federico Ruiz González | (90 años) | Vecino de Lanchares - 20/08/2018 |
| - Pilar Ruiz González | (74 años) | Vecina de Lanchares - 20/08/2018 |
| - Serafín Ruiz Sainz | (75 años) | Vecino de Lanchares - 20/08/2018 |